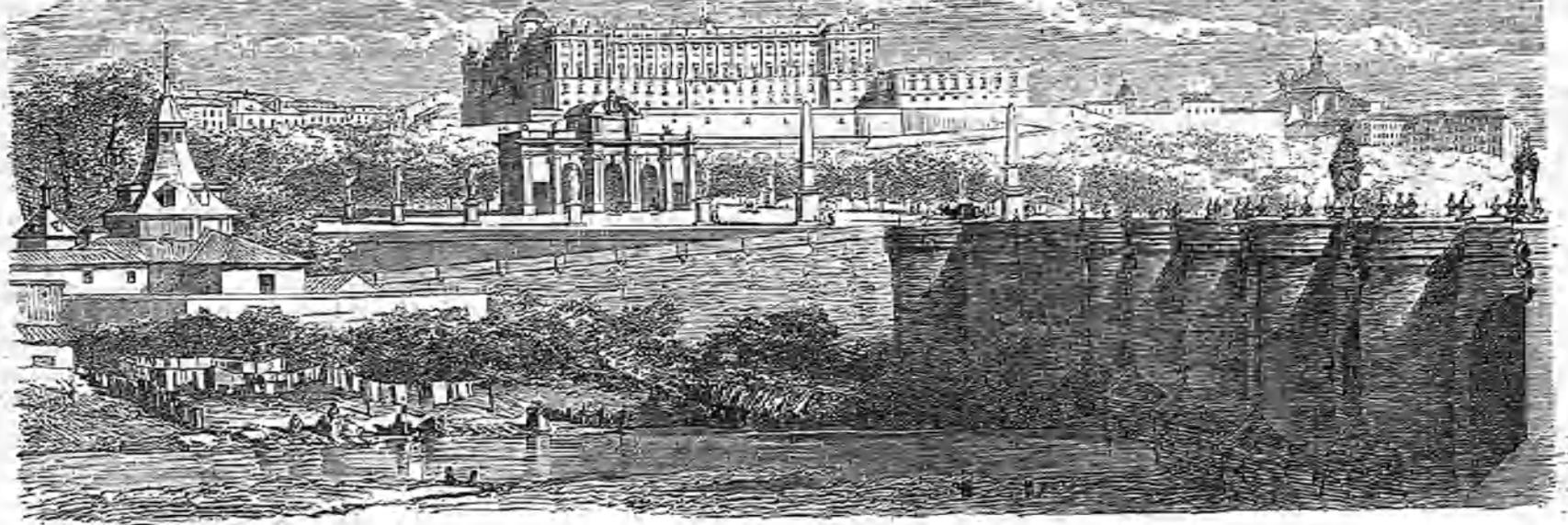


LA ILUSTRACION DE MADRID



REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO I.

MADRID 27 DE MARZO DE 1870.

NUM. 6*

SUMARIO.

TEXTO.—Ecos, por D. Isidoro Fernandez Flores.—Las Cruzadas (fragmentos de una obra inédita) por D. Luis Maria Pastor.—Don Nicolás María Rivera.—El siglo de los anuncios, por don Fernando M. Redondo.—Poesía, por D. A. García Gutiérrez.—La viuda del patriota y su hijo, 1803, por D. Antonio Ros de Olano.—Sinfonía de amor, por Don T. de Ascendano.—En el cuerpo de un amigo, novela diabólica (continuación), por D. José Fernandez Bremon.—Modas, por Doña María del Pilar Simón de Marco.—La ventana de Boabdil en la Alhambra.—Salones, por D. R. Chico de Guzman.—Revista musical, por don Emilio Arrieta.—Balle de niños en la Regencia.—D. Enrique de Borbon.—Estátua de Santa Teresa de Jesús, ejecutada en mármol por D. Elias Martin.—Contraste, por D. José Fernandez Bremon.—Disfraz por D. Juan José Ferrandis.

GRABADOS.—Santa Teresa de Jesús, estatua ejecutada en mármol por D. Elias Martin, dibujo del mismo, fotografia de Laurent.—Don Enrique de Borbon, fotografia de Laurent.—Cortejo fúnebre de D. Enrique de Borbon al salir de la casa que esta habitaba, dibujo del Sr. D. N. Salas.—El duelo, de D. Alfredo Perez.—Balle de niños celebrado en la Regencia el día 28 de febrero próximo pasado, de D. José Bermejo Galego.—D. Nicolás María Rivera, del mismo.—Ventana de Boabdil en la Alhambra, del señor D. Pablo Gonzalez.—Figurín de modas.—Jeroglífico.

ECOS.

Al dar principio la quincena nos encontramos con uno de esos hechos que tienen el privilegio de ocupar por completo la atención pública; uno de esos sucesos tan importantes por su significación dentro de las leyes sociales, como de trascendencia en la esfera política; uno de esos actos que todo el mundo sabe explicarse y que sin embargo, aparecen sin explicación legal.

Nos referimos al triste suceso tan diversamente apre-

ciado que se desenlazó con la muerte de D. Enrique de Borbon. ¿En qué circunstancias ha ocurrido la muerte de este miembro de la familia destronada? ¿Ha encontrado la muerte en un desafío, como la opinion dice; ó ha sido víctima de un lamentable desorden al probar una pistola, como afirman las personas que presenciaron la desgracia?

A LA ILUSTRACION DE MADRID no le corresponde formular juicio en este asunto, ni apreciar la exactitud de los hechos. En cuestiones como estas, nuestro periódico debe hacer sus comentarios con el lápiz del dibujante más que con la pluma del escritor.

Nuestro periódico recibe una impresion y procura reflejarla en sus páginas como en su fiel espejo. Luego el curioso juzga y falla.



ESTÁTUA DE SANTA TERESA DE JESÚS, EJECUTADA EN MÁRMOL POR DON ELIAS MARTIN.

Tengo á la vista una carta de París, en la cual se leen importantes noticias artísticas.

Es una de ellas, que el acontecimiento del día en aquel gran centro de las artes es la exposicion en casa del famoso editor Coupil, de un cuadro pintado por nuestro compatriota Fortuny, querido y admirado en España, pero más admirado y querido aún fuera de ella; en París, en Roma, en Londres, en San Petersburgo, donde estáa las mejores obras de sus pinceles de oro.

El cuadro de que nos ocupamos lo principió Fortuny en Madrid. Representa *Los novios en la Vicaría*; trages, de la época de Goya. Los que han tenido la ocasion y la dicha de verlo, afirman que ningun cuadro moderno se ha presentado en París tan notable como éste. Para los que conocen las obras de Fortuny, basta saber que es acaso la mejor de todas; para los que ignoren que España cuenta entre sus hijos á uno de los más grandes pintores de Europa, sobra con decirles que hay comprador que ofrece sesenta mil francos por esta pintura. Coupil pide por ella setenta y cinco mil, y tiene la seguridad de venderla en esa suma.

¡Setenta y cinco mil francos! exclamarán muchos. Es verdad. Ya no estamos en los tiempos en que a Murillo se le daban quinientos duros por sus obras de mayor importancia, y en que Velazquez pintaba por una modesta pensión en el alcázar de Felipe IV.

Hoy, en honor del siglo sea dicho, un artista como Fortuny, al poner en su paleta los colores, puede decir que la ha cubierto de pedrería, y que no hay oro como aquel amarillo, ni plata como aquel blanco, ni esmeralda como aquel verde, ni joya como aquel pedazo de madera.

La gran importancia que tiene en París la exposición de este cuadro está demostrada por un hecho. La emperatriz Eugenia y la princesa Matilde han ido a casa de Couplé a ver esta pintura; acto inusitado en aquella capital, donde los soberanos no habían puesto aún la régia planta en casa de ningún comerciante.

Al honrar así el arte en uno de los pintores que le enaltecen, la emperatriz no ha hecho más que seguir las tradiciones españolas. Se acordó quizás de que Carlos V, que soltó el cetro y no se dignó bajarse a recogerlo, recogía del suelo los pinceles de Ticiano; y de que Felipe IV contestaba al Capitán de Granada, que reclamaba contra el nombramiento del pintor Alonso Cano para una canonjía en aquella iglesia: "Si ese artista fuese un sábio, podría ser, no canonjigo, sino arzobispo. Yo puedo hacer canónigos como vosotros, pero sólo Dios puede hacer un Alonso Cano."

Una noticia triste proporcionada sin duda á un estadístico de crédito por algun enterrador:

"Mueren al año 33.333.333 individuos; diariamente 91.334; por hora, 3.693; por minuto, 65; por segundo, 1."

¡Qué dolor! El tiempo es un gran horario cuyo movimiento marca en cada instante una vida ménos en el reloj de la humanidad. ¡Mientras habeis leído estas breves líneas, cuantos seres han dejado de existir en el mundo!

Pero seguid leyendo y regocijad vuestro espíritu.

Si un enterrador ofreció al estadístico una cifra triste, algun párroco le dió la siguiente, alegre, y risueña como todo lo que nace:

Lead:

"Vienen al mundo anualmente 37.037.037 individuos; al dia, 101.471; por hora, 4.228; por minuto, 70; por segundo, 1."

¡Ved cómo la naturaleza pone en el fiel de la balanza la vida y la muerte! Diríase, al comparar estas y aquellas cifras, que las almas de los que se fueron han vuelto con los que han venido, y que esas almas se agitan en un eterno círculo viajando de la tierra al cielo y del cielo á la tierra, como los vapores que suben del mar para volver en lluvia, que se transforman incesantemente, y que ya son mar, ya cielo, ya olas, ya nubes!

Admitid esta teoría, y habeis dado la razón á aquel filósofo que escribió una obra para demostrar que Alejandro, César y Napoleon, han sido la triple manifestación de una sola alma en la sucesion del tiempo, ó lo que es igual y más claro,—que los cuerpos de aquellos tres grandes hombres fueron como tres casas á que se ha ido mudando un individuo; tras gabanes hechos para un sólo parroquiano; tres tientos á que ha sido tres veces trasplantada una flor misma.

Escamoteos llevados á cabo con sorprendente habilidad y completo éxito en los teatros de la corte durante la última quincena:

En la Zarzuela dos relojes, si bien con la circunstancia atenuante de que uno fué en las mismas butacas.

En los Bufos robo inferido á un caballero, amigo de superficialidades, de un alfiler que llevaba en la corbata; con objeto de probarle sin duda que no ofrece seguridad nada de lo que está prendido con alfileres.

Adición á los ejercicios de prestidigitacion en la Zarzuela:

Varios abrigos y otras prendas recogidas como inútiles á sus dueños por algun prójimo que leyó en el calendario que habia entrado la primavera.

Todos estos hechos, que he visto con pena y asombro duramente reprobados por algunos diarios, marcan en

mi concepto un gran adelanto en nuestra organizacion social.

Veá Vd. lo que ántes pasaba. Los espectáculos dramáticos eran una diversion, limitada á un reducido círculo de personas. Los hombres de mala vida, los espíritus incultos huían de estos centros de civilizacion, y vivían la vida de la ignorancia y de la materia en vergonzosos tugurios.

Pero el ratero ha penetrado al fin en el templo del arte: ¡dejadle! él beberá allí las sanas doctrinas; él aprenderá sentencias de honor y virtud, y aunque se escandalice de oír que en algun drama hay quien grita por ejemplo:

Ladron de honras es tu patria,

oficio para el desconocido dentro de la cofradía, por no producir provecho alguno, en cambio le pondrán en verso, segun hoy es costumbre, todo el Código penal, y lo ocharán cada semana en quintillas que, si al primero no se convierte, no hay á qué enviarle á presidio, ni darle garrote.

A pesar de todo, como hasta que la persuasión se abra camino en el pecho del criminal es prudente precaver sus asechanzas, vayan Vds. al teatro con *revolver*, porque este instrumento, con respecto á los ladrones, es un medio de civilizacion, tan eficaz por lo ménos como la literatura.

Parece que en Londres han manifestado los panaderos intenciones de declararse en huelga.

Como allí las clases del pueblo no comen pan, el acontecimiento no tendrá las consecuencias que acaso tuviera en otras capitales. El pueblo de Londres se alimenta con la patata, que es, por así decirlo, el garbanzo de los ingleses.

Y mientras el mal ejemplo de los obreros de Francia, Inglaterra y España, no llegue á las plantas que producen aquel tubérculo y éstas se declaren en huelga, el pueblo de Londres puede vivir con el estómago tranquilo.

En cambio, la patata ha perdido mucha importancia en España desde que el público, por un acuerdo tan ilustrado como humanitario, ha renunciado en los teatros á demostrar su reprobacion con el expresivo lenguaje de las hortalizas.

La Junta de Damas de Honor y Mérito ha anunciado ya las rifas de reses de corda que todos los años se verifican á beneficio de los niños de la Inclusa.

Yo quisiera que las aristocráticas y bellas damas de esa Junta me explicasen por qué entre todos los seres *vivibles*, han dado la preferencia al animal más prosaico del reino zoológico.

¡La costumbre! me dirá tal vez alguna elegante individuo de aquella sociedad, haciendo una mueca deliciosa para indicarme que encuentra el asunto de la pregunta muy poco delicado fuera de las horas de comer. ¡La costumbre! Hé aquí, en efecto, la razón suprema de aquello que no podemos explicarnos satisfactoriamente.

Y esto es tan verdadero, que por razón de la costumbre, y no por otra, suelo tomar todos los años en la plazuela de la Cebada media docena de papeletas de esa lotería de magras en bruto.

Y por cierto que en ocasiones me he preguntado si habré sido agraciado alguna vez con el premio verdaderamente gordo de este benéfico sorteo. Yo no me atrevo jamás á mirar el número premiado, por miedo de que en efecto me haya caído... *el lote*.

Algunos periódicos vienen quejándose de un abuso que se comete en el teatro de los Bufos.

Solo que esta vez no es la empresa, ni los actores los que abusan, sino el público, que ha dado en fumar dentro del salon, convirtiéndole en una especie de globo que minutos ántes de la ascension se llena de humo de paja.

Yo me atrevería á decir que este acto de descortesía masculina retrae al bello sexo de asistir al teatro de los Bufos, si no temiese que Vds. me juzgasen comprado por la empresa de este coliseo para explicar de un modo satisfactorio la falta de señoras que en él se nota.

Mas como el elemento femenino está allí representado principalmente por las *sur-pantás* y algunas de ellas parecen que tambien suelen echar un cigarrillo de cuando en cuando, no veo el inconveniente de que el abuso continúe.

ISIDORO FERNANDEZ FLOREZ.

LAS CRUZADAS.

(FRAGMENTOS DE UNA OBRA INÉDITA.)

Pocos acontecimientos presenta la historia tan notables por su originalidad, tan extraordinarios en sus causas, tan estériles para el fin á que se dirigen y tan fecundos en consecuencias de otra índole, como éste, que vamos á examinar, de las Cruzadas.

Cuando en Europa habia llegado el feudalismo á su apogeo; cuando el fraccionamiento y division alcanzaban á todas partes; cuando figuraban millares de millares de estados incoherentes, seculares unos, eclesiásticos otros, inconciliables todos y hostiles entre si y á la monarquía; cuando no se reconocía más derecho que el de la fuerza, que se ostentaba por do quiera orgullosa, llevando la guerra y la desolacion en todas direcciones, ¡no es en verdad por extremo sorprendente que la voz de un miserable ermitaño, autorizada por el Pontífice, y reproducida por los obispos de la cristiandad, fuera bastante poderosa para amalgamar en poco espacio representantes y fautores de tantos odios y tan profundas enemistades, y que reuniera con un objeto comun seiscientos u ochocientos mil personas de todos sexos, edades y gérmenes de los diferentes pueblos de Europa, desde el monarca hasta el último vasallo, desde el obispo hasta el éldigo y el fraile, desde el opulento magnate hasta el último siervo del terruño; y que todos, animados de un mismo espíritu, olvidasen de repente sus enojos para emprender de consumo expediciones lejanas á regiones desconocidas, por caminos no ménos ignorados de la generalidad, á arrostar grandes privaciones y peligros, sin más objeto que el triunfo de una idea, la satisfaccion de un sentimiento religioso?

Pues tal es el espectáculo grandioso de las Cruzadas: espectáculo tanto más digno de atencion, cuanto que no se presenta como un acontecimiento aislado, único y transitorio; sino como sucesivo y normal, que dura cerca de dos siglos, apesar de las desgracias que nearren á sus autores y de las calamidades, desórdenes y devastaciones que siembra por donde quiera.

El origen ostensible de las Cruzadas aparece ser el deseo de proteger á los cristianos que iban en peregrinacion á visitar los Santos Lugares en que se habian realizado los misterios de la Redencion. Estas peregrinaciones adquirieron grandísimo incremento desde fines del siglo décimo, en que, dando torcida interpretacion á las palabras del *Apocalipsis* de San Juan: "Y *prevalió el Dragon la serpiente antigua,*" que es el Diabolo "y *Satanás, y le ató por mil años,*" se extendió por la cristiandad la creencia de que pasados los mil años se verificaría el juicio final. Semejante creencia espació el pánico consiguiente, y excitó más y más el deseo en los fieles de procurar el perdón de sus pecados, ofreciendo al Señor las penalidades y privaciones de tan largo camino, y las oraciones dirigidas desde aquellos mismos parages que El habia elegido para su aparicion en la tierra.

Mientras que Jerusalem estuvo ocupada por los árabes que habian llegado á participar de la cultura oriental, los cristianos no tenían que temer otros contratiempos que los inevitables de tan dilatada peregrinacion; pero luego que la Ciudad Santa cayó en poder de los turcos, incivilizados y feroces, los infelices peregrinos eran víctimas de mil vejaciones; y, despues de sufrirlas tan terribles, soportar la pena de veras tal vez privados de conseguir el objeto de su viaje.

La noticia, pues, de las violencias cometidas, el desolatán natural de que aquellas preciosas reliquias é inestimables monumentos no estuviesen profanados en manos de los infieles, excitaron desde muy antiguo el deseo de la conquista de Tierra Santa.

Pero á estas consideraciones se reunieron otras de índole distinta. Gregorio VII, que aspiraba á plantear la supremacía del pontificado sobre los príncipes, en lo temporal como en lo espiritual, haciéndose único jefe supremo de la cristiandad, procuró organizar las Cruzadas, como la empresa que más podia realizar de un modo indirecto sus aspiraciones y proyectos.

Con efecto; reunidos á la voz del Pontífice romano, simbolo de unidad, ejércitos de todos los pueblos de la cristiandad, mandados por sus mismos soberanos; representado aquel por sus legados encargados de dirigir la expedición y de dirimir las diferencias y conflictos que sobrevinieran, se patentizaba con un hecho general y ostensible la superioridad del Papa sobre los monarcas.

Otro propósito ocupaba sin duda la mente del infati-

* *Apocalipsis*, capítulo 20, versículo 2.^o

gible Hildebrando, y era procurar la reunion de la Iglesia griega á la romana, sometiendo aquella á ésta. De forma que, deseoso de alcanzar sus fines, Gregorio VII trabajó muy activamente para organizar la primera Cruzada, lo cual no pudo llevar á cabo por sus continuas luchas con Enrique IV.

El plan de reforma del célebre monje era tan acabado y completo, que abarcaba lo eclesiástico como lo secular; y para su ejecucion habia tomado todas las precauciones y preparado todos los elementos con extraordinaria precision.

Así es que se observa ademas que Gregorio VII habia dirigido á la Santa Sede por medio de cinco de sus predecesores, tres de los cuales fueron elegidos por su influencia. Cuando hizo que Nicolás II adoptara por medio del concilio celebrado en San Juan de Letrانا la disposicion de que en adelante sólo al cónclave de cardenales correspondiera la eleccion del Papa, procuró que el nombramiento de aquellos recayera en hechuras suyas y su sostenedores de sus ideas; de modo que, así como antes habia hecho elegir para la Santa Sede á Víctor II y Esteban IX ó X, benedictinos como él, despues de su muerte fueron elevados al pontificado sucesivamente Víctor III, Urbano II, Pascual II, Gervasio II y Calisto II, todos de la misma orden y partidarios decididos y acérrimos propagadores de la doctrina del monje de Cluny.

Como el primero apenas ocupó dos años la silla apostólica, no pudo llevar adelante todos los proyectos de Gregorio; pero Urbano II, que habia sido íntimo amigo de éste, apenas se le presentó la oportunidad, que le ofreció Pedro el Ermitaño, cuando se decidió á poner en planta la Cruzada, estimulando la fogosa elocuencia del anacoreta. Convocó ademas un concilio en Clermont, á que fué invitada toda la cristiandad. Celebróse éste en la plaza, donde se levantó un tablado desde el cual predicó el mismo un sermón, que electrizó á la multitud por la descripción de las atrocidades que los sarracenos cometian con los peregrinos cristianos, y excitó á tomar las armas para arrancar del poder de los infieles aquellos preciosos monumentos que habian sido teatro de los portentos de la Redencion. Indamado de santo fervor y celo por el logro de su objeto, ofreció la salvacion á cuantos tomarán parte en tan meritoria empresa: los que en ella murieran alcanzarían la corona del martirio, y conquistarían los inefabables gozos de una recompensa eterna: los que sobrevivieran habrían conseguido la gloria más recomendable á los ojos de la Iglesia y de la cristiandad entera.

El efecto de tal predicacion, salida en el siglo XI de boca del sucesor de San Pedro, es más fácil de comprender que de describir. Aquella masa inmensa, cuando el Papa terminó su oracion con las palabras del Evangelio «El que toma la cruz y me sigue es digno de mí,» prorumpió en un grito general de «Dios lo quiere, Dios lo quiere, todos iremos.» Sossegado el alboroto, el cardenal Gregorio pronunció una fórmula de confesion general en nombre de los concurrentes y ellos, postrados de rodillas y dándose golpes de pechos, reciben compungidos la absolucion general, y toman la Cruz que les distingue. Recibela primero Adhemaro, obispo de Puy, de manos del mismo Pontífice, y multitud de magnates eclesiásticos, seculares y regulares, barones, caballeros y pueblo se adornan con el signo de su compromiso. El movimiento cunde por todas partes; la Francia entera, la Inglaterra, la Alemania, la Italia, participan de igual impulso. Por todos los ámbitos de Europa se nota un movimiento extraordinario: los grandes enajenan ó empellan parte de sus Estados para reunir fondos con que subvenir á tan larga expedicion; los ménos acomodados reclaman auxilios de sus amigos y parientes; los indigentes hacen oraciones, implorando la caridad pública. Todos se preparan á la gran campaña. Apréstanse las armas de todas clases, dispónense los bagajes y los equipos; los hijos abandonan á sus padres; los maridos á sus esposas; los frailes y monjes salen de sus conventos y cambian el breviario por la espada. Familias enteras se preparan á seguir la suerte de la Cruzada, y hasta mujeres y ancianos se arriesgan á la santa empresa. En breve se reúnen seiscientos ú ochocientos mil cruzados, prontos á cumplir sus juramentos y salvar el Santo Sepulcro, ó á perecer en la demanda alcanzando la palma del martirio. ¡Sorprendente y mágico panorama ofrece á la imaginacion la cristiandad electrizada á la voz del Vicario de Cristo!

Pero si en vez de considerarle bajo este punto de vista, se medita y profundiza con calma, y á la luz de la razon, ¡qué distinto es el resultado! Entre aquella muchedumbre inmensa, ¡qué pocos son los que proceden impulsados únicamente por el sentimiento religioso!

Los señores feudales miran al través del Santo Sepul-

cro nuevos territorios que añadir á sus dominios; los caballeros vislumbran en lointananza fondos con que satisfacer sus deseos de madro y engrandecimientos: millares de aventureros, sin tierras ni recursos, acuden en tropel á un campo enteramente virgen, que vá á ser sometido á su explotacion; y los verdaderos creyentes que marchan impulsados de buena fé á obtener el perdón de sus culpas, están bien lejos de sospechar siquiera el cúmulo de crímenes, de desórdenes, de violencias, de que van á ser testigos y cómplices inocentes.

La division necesaria de la Cruzada en diferentes grupos reune, como es natural, los que más analogía guardan entre sí por todas sus circunstancias; y por consecuencia los mandados por el ermitaño Pedro, y su segundo *Gualliero sin haberes*, así llamado porque no tenia otros que su espada, forman una turba inmensa, desordenada é ingobernable, de lo más miserable, abyecto, atrevido y emprendedor que puedan reunir el fanatismo, la necesidad, el deseo de mejorar de diferentes pueblos. Así como á las órdenes de Godofredo de Bonifon y de sus nobles compañeros, sus hermanos Balduino, el conde Hainant, Canon de Montañiqui, Gerardo de Choisi y otro sin número de señores, se ponen, ademas de sus vaallos, los caballeros y las personas más ayesadas al servicio militar.

No eran ménos escogidos otros grupos, ya de Francia, ya de otros países.

El de Hugo, conde de Vermandois, hermano de Felipe I de Francia, seguido de otros muchos caballeros. El de el duque de Normandía, Roberto, hijo de Guillermo el Conquistador que, habiendo perdido por sus victorias el trono de Inglaterra, empujó su ducado en diez mil marcos por séguit al género aventurero. El del italiano Bohemundo, príncipe de Tarento, hijo del famoso Roberto Guiscar, acompañado del valiente Tancredo y otros célebres capitanes: el que salió de Provenza á las órdenes de Adhemaro de Monteuil, obispo de Puy, legado del Papa, el alma de esta Cruzada, y Rainundo, conde de Tolosa.

El éxito de la expedicion no podía ménos de corresponder á los elementos que la componian, y así se verificó. Las cien mil personas á las órdenes del ermitaño y de Gualliero agrupadas sin plan, sin orden, sin medios proporcionados á la magnitud de la empresa, formaban un conjunto heterogéneo, donde se oían, mezcladas en disonante murmullo, en los momentos de descanso, las oraciones de los unos con las necas obscenidades de los otros. Tan incongruente agrupacion no podia dar otro resultado que el que efectivamente dió: merodear en los puntos por donde pasaron; excitar la animadversion de los pueblos, á quienes espoliaban; y acabar por ser batidos y deshechos, como lo fueron á poco de llegar á Tierra Santa, quedando apenas tres mil testigos de aquella desolacion.

Por el contrario Godofredo, espitan acreditado, valiente y entendido, á quien se vió batir con gloria en favor del descomulgado Enrique IV, y matar en batalla campal al electo emperador Rodolfo, protegido de Gregorio VII, realizó despues de grandes pérdidas, sacrificios y privaciones, la deseada conquista de Jerusalem, alcanzando como recompensa de sus esfuerzos ser proclamado por los capitanes que le acompañaron *Roy de la Santa Ciudad*, título que su modestia le hizo rechazar; pero que no por eso dejó de hacerle raiz y tronco de una dinastía, que reinó cerca de un siglo, aunque él sólo disfrutara del trono un año escaso, habiendo muerto en 1100.

La primera Cruzada, pues, llevó á cabo su propósito, poniendo en poder del cristianismo, no sólo la Ciudad Santa y su territorio anexo, sino las de Antioquia, Edesa y Tripoli, con el que las correspondia erigidas en condados ó principados.

Para, conseguido el objeto, era imposible la conservacion de unas conquistas realizadas en países tan lejanos por guerreros que no llevaban otro objeto que vivir á costa del país, sin elementos para el reemplazo regular de sus bajas naturales, y teniendo que estar constantemente hostilizados por los indígenas animados de los sentimientos más enérgicos, por impulsarlos al exterminio de sus dominadores, el odio de razas y de religion, y el amor á la independencia.

La experiencia confirmó, como no podía ménos de ser, estos presentimientos.

Las siete Cruzadas restantes no fueron suficientes, no ya para aumentar, sino para conservar siquiera ó afianzar el territorio adquirido.

La segunda, predicada por San Bernardo, produjo en Francia y Alemania un resultado parecido al de la primera. Y no se diferenciaba sólo en el número, sino en la disposicion y en los móviles de los comprometidos en llevarla á cabo. La noticia de lo acontecido en la primera no podía dejar de producir su efecto. Alistáronse

Luis VII de Francia, su mujer Leonor de Guyena, y Conrado, emperador de Alemania; pero ¿cuáles fueron los sentimientos que los animaban? Fuerza es recordar que Luis VII era de escasos alcances y tan dado á la devocion, que aun por sus mismos contemporáneos era tachado en ella de exagerado. A su predisposicion natural se habia unido las circunstancias del triste suceso que le llenó de escrúpulos y remordimientos. El horrible asesinato cometido por sus tropas cuando tomaron á Petry, prendiendo fuego al templo en que se habian guardado tres mil personas, que perecieron abrasadas, aumentó en su ánimo el sobrecogimiento y el temor. Así, cuando San Bernardo le indicó la Cruzada como un medio eficaz de expiacion de sus faltas, la cogió con fervor y la llevó á cabo, apesar de habérselo desaconsejado su ministro Rugiero, abad de San Dionisio. Todo lo contrario aconteció en su mujer Leonor. Esta princesa, jóvun, bella, ligera, heredera de Estados poderosos, educada en el palacio de su padre, empujada de una corte galante y bulliciosa, al dar su mano al rey, creyó que se aumentarían de una manera prodigiosa las diversiones y los gozos de su vida; pero cuando se encontró con una corte tétrica y silenciosa, en que el monótono murmullo de la oracion y de la severidad de la misa alternaban con otras prácticas religiosas, no pudo disimular su disgusto exclamando: «Creí casarme con un rey, y me he encontrado con un fraile.»

Cansada, pues, de vida tan opuesta á sus hábitos y á sus aficiones, deseosa de salir de un palacio que le parecia un convento, trató de buscar en la novedad de viajes por tierras desconocidas y en una expedicion que tenía á sus ojos cierto carácter romántico, impresiones que le proporcionarían distraccion. Así hizo Leonor, por frivolidad y novelesca, lo que su marido ejecutaba por un sentimiento religioso y de profunda devocion. Multitud de damas, que siguieron el ejemplo de la reina, se organizaron en escuadrones á las órdenes de aquella, mientras que separadamente acudia Conrado al frente de sus severos alemanes.

¿Qué podía esperarse de semejante expedicion? Ni Luis VII tenia ninguna condicion ni crédito como guerrero, ni docilidad para someterse á las órdenes de Conrado; ni de un ejército de que formaba parte tan crecido número de damas podía exigirse la precision, el rigorismo y la severidad de la disciplina militar. El éxito correspondió á estos antecedentes. Los cruzados fueron vencidos sucesivamente: el rey de Francia hubo de ocuparse más de los devaneos de su esposa que de la guerra; el de Alemania estuvo á punto de parecer en una batalla, y se volvió á Europa. Los de Francia, despues de haber estado en Antioquia durante muchos meses por influencia de Leonor, cuyos amores con Rainundo de Poitiers no fueron por desgracia los únicos que se le atribuyeron, regresaron á Francia para entablar el divorcio, que se llevó á efecto; y, como Leonor era dueña de grandes Estados y se casó á poco con Enrique II de Inglaterra, que tenía ya otros, resultó que la corona de Inglaterra poseía en Francia más territorio que su propio rey, de donde vinieron las guerras que sostuvieron ambas naciones durante siglos.

Tales fueron los resultados inmediatos de la Cruzada. No fué más benéfica la tercera, dispuesta contra el gran Paladino, que se apoderó de Jerusalem poco despues de la segunda.

Apesar de la profunda sensacion que produjo en Oriente la noticia de la pérdida de la Santa Ciudad, á la cual se atribuye la muerte del Papa Honorio III; apesar de los esfuerzos de los sucesores de éste, y de haber conseguido que se alistaran Felipe Augusto de Francia con los principales señores de la grandez; apesar de haber concedido el Papa como contribucion general para los gastos de la Cruzada un diezmo extraordinario y por una sola vez, llamada el diezmo Saladino, aunque, como suele suceder, continuó cobrándose despues, apesar de haber cruzado también Ricardo de Inglaterra, llamado Corazon de Leon, y por último Federico Barba Roja, emperador de Alemania y su hijo el duque de Suavia, no obtuvieron los resultados que eran de esperar.

Para distinguirse los cruzados de tantas naciones llevaron esta vez la cruz de diferente color, teniendo cada nacion el suyo.

No pudo Jerusalem ser reconquistada; por manera que el éxito de la empresa no correspondió á la inmensidad de los preparativos y á la importancia de los sacrificios que para ella se hicieron.

El emperador Federico murió y á poco su hijo el duque de Suavia; y los alemanes, descorazonados al ver esta desgracia, se volvieron á su país.

Felipe Augusto cayó también enfermo, y tuvo que emprender su viaje de regreso. Ricardo concertó con Saladino una tregua por tres años, tres meses y tres dias,

á contar desde las próximas Pascuas. A su regreso fué preso y detenido en Austria hasta pagar un crecido rescate. Pero entretanto Saladino quedó dueño de Palestina, excepto los puertos de Jaffa hasta Tiro, garantizándose el libre acceso de los cristianos al Templo de Jerusalem.

La cuarta, quinta y sexta, fueron acaso más desastrosas. La situación de Oriente empeoraba de día en día con nuevas invasiones de pueblos incivilizados: el Occidente se encontraba más y más encrespado con la lucha recrudescida entre el Pontificado y el Imperio: el abuso hecho por la Santa Sede de las excomuniones á los reyes, había comprometido su prestigio: el celo y la devoción por la Tierra Santa iba extinguiéndose evidentemente: los municipios crecían en número é influencia, y perdíanla los señores feudales; y los intereses pacíficos del comercio y de la industria se compadecían ménos de cada vez con aquellos hábitos de devastación continua: miras de especulación ó meramente políticas se mezclaban en una empresa, que tuvo en su origen un fin puramente religioso: así la cuarta se redujo en último resultado á servir de pretexto á Enrique VI de Alemania para caer de pronto sobre Italia y cogérjala desprevenida, aparentando ir sólo á verificar el embarque de sus tropas para Oriente, y apoderarse de aquel reino, lanzando la dinastía de los Hauteville: la quinta, en cuyos preparativos se invirtieron cuatro años, no sirvió sino para proporcionar á los venecianos un magnífico negocio de ochenta y cinco mil marcos, por virtud del cual consiguieron que los cruzados, antes de ir á Oriente, les recuperasen á Zara insurreccionada, y luego para que los mismos lanzaran de su trono á los emperadores de Constantinopla apropiándose en la persona de Balduino, uno de sus jefes. La sexta, prescindiendo del repugnante

espectáculo que presenta la aberración á que arrastra el fanatismo de llevar á cincuenta mil infelices criaturas á sucumbir, ó víctimas de las fatigas, ó traidoramente vendidas, ó violentamente arrebatadas para morir en las cadenas de la esclavitud, no sirve sino para poner en evi-

menor resultado; pero la octava, en que perdió la vida un monarca tan digno de respeto y que tantos beneficios había hecho á la Francia, dejó una impresión horrible en el mundo cristiano respecto á una empresa tan ferrosamente emprendida como funestamente terminada.

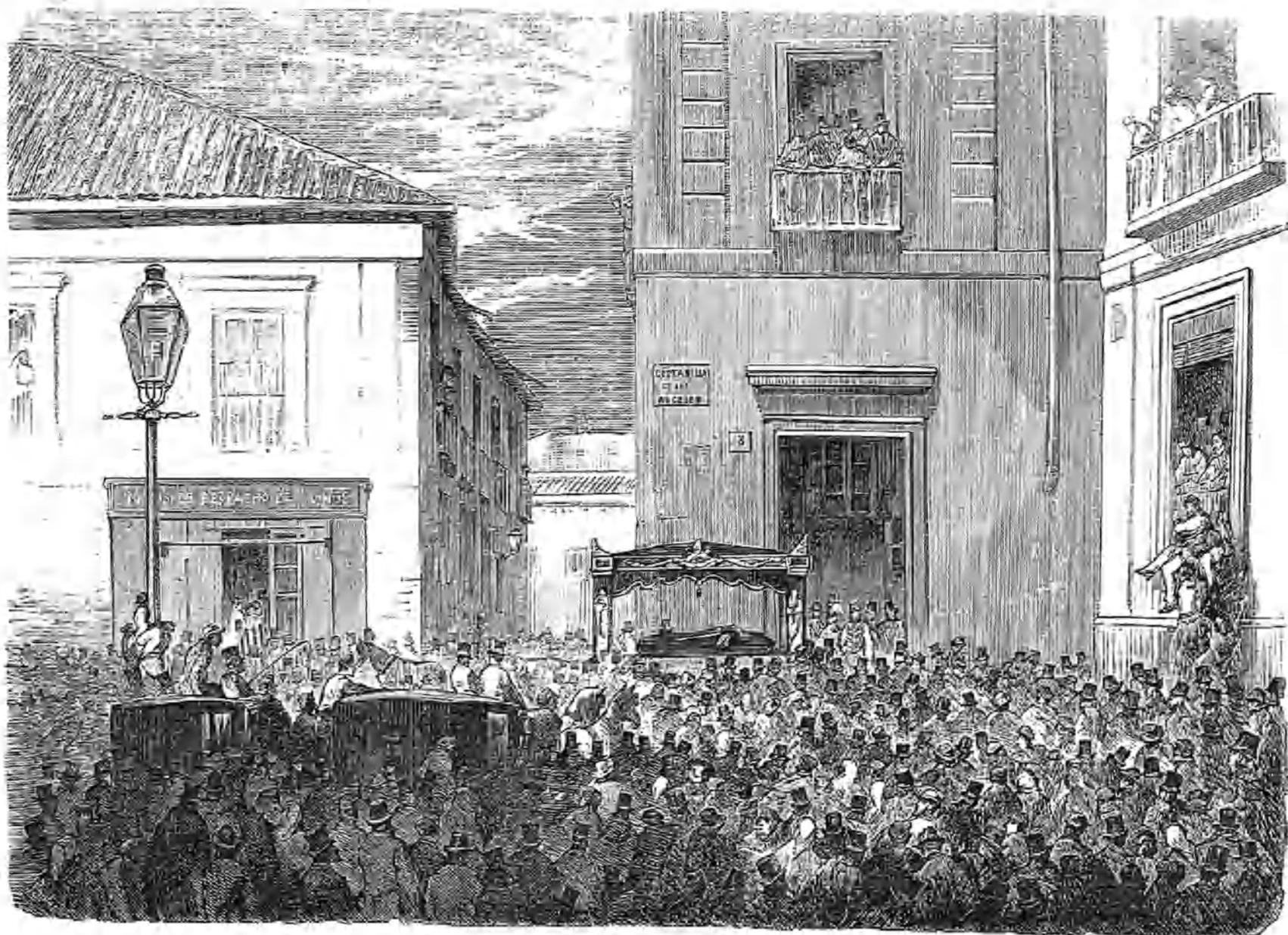
dencia las funestas consecuencias del lamentable antagonismo que llegó á establecerse entre el poder espiritual y el temporal; que, hallándose en oposición abierta, no podían ofrecer buen resultado en una empresa que necesitaba de la cooperación de entrambos. ¿Cómo era posible que diera resultados una Cruzada en que el Papa que la promovía, después de haber excomulgado á Federico II, porque parecía remiso en acudir á ponerse al frente de los cruzados, cuando éste se resolvió á hacerlo, porque ya convenía á sus miras políticas, se encontró de nuevo excomulgado, y comprometidos los cruzados, por orden del mismo anciano Gregorio IX, á no reconocerle por jefe? De admirar es en vista de tales antecedentes, no el descalabro horrible de la batalla de Damietta, sino que, apesar de él, pudieran conseguir Federico la tregua por diez años que arregló con el sultán. Ni es más de extrañar que estendidas las horribles divisiones de los cristianos, sobreviniera luego la desastrosa derrota de Gaza.

Las dos últimas, debidas sólo á la división de Luis IX de Francia, terminaron del modo más lamentable este terrible drama.

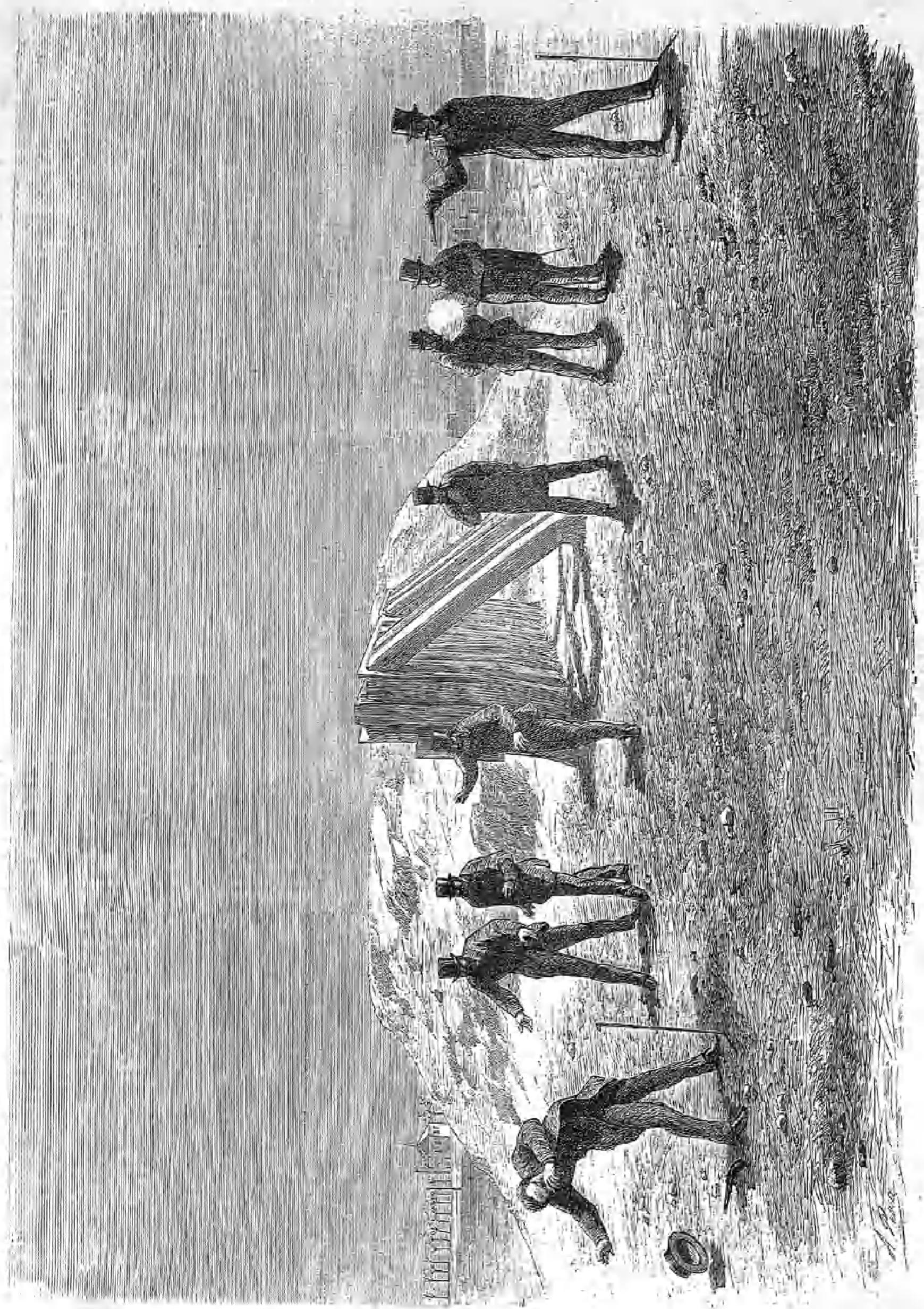
En la sétima, no deja de llamar la atención que persona tan prudente y de tal capacidad política y militar, como lo era el Santo Rey, incurriera en el mismo error que había causado el destrozo de los cruzados entre Damietta y el Cairo. Repítase el descalabro así en los mismos términos en uno y otro caso, y el cautiverio del Santo Rey costó á la Francia inmensos sacrificios sin el



DON ENRIQUE DE BORBON.



CORTEJO FÚNEBRE DE DON ENRIQUE DE BORBON AL SALIR DE LA CASA QUE ESTE HABITABA.



EL PUEBLO.

La Cruzada de San Luis, si hubiera tenido la suerte de triunfar, tal vez hubiera podido consolidarse; al menos contaba con elementos diferentes de las otras. El inteligente monarca llevaba á bordo de sus buques no sólo guerreros, armas y municiones, sino artesanos, labradores é instrumentos de labor para plantear una colonia. Este hubiera sido el único medio de establecerse en Oriente, si se hubiera pensado en los primeros tiempos; pero cuando el Santo Rey lo intentó, era demasiado tarde.

Las Cruzadas, pues, costaron á Alemania un emperador y su hijo, al duque de Suavia; á la Francia uno de sus mejores reyes y otro hijo de éste; multitud de señores y capitanes renombrados, grandes pérdidas de hombres y de dinero, sumas considerables á Francia y á Inglaterra para el rescate de sus soberanos, y el germen de una guerra terrible entre estas dos naciones. Todos estos sacrificios no produjeron el fin á que se destinaban, y, al concluir las Cruzadas, los Santos Lugares permanecieron en poder de los infieles, y los cristianos tenían más dificultad para llegar á ellos que ántes de acometer tan deseada empresa.

Sin embargo, las Cruzadas fueron la causa más poderosa de la ruina del feudalismo y del triunfo de las nacionalidades, y las que más contribuyeron al desarrollo de las municipalidades, de la industria y sobre todo de la navegación y del comercio, conduciendo así la Providencia á la humanidad hacia la civilización por caminos tan diferentes y desconocidos á su comprensión limitada.

LUIS MARÍA PASTOR.

DON NICOLÁS MARÍA RIVERO.

Cerrado con la batalla de Alcolea el período de un antiguo sistema político y realizada la Revolución por el elemento militar, entraron á constituir el nuevo orden de cosas los hombres civiles que, con la propaganda de las doctrinas en cuyo nombre aquella se realizara, habían preparado en la esfera moral el triunfo de las ideas democráticas.

Como primera figura, bajo este punto de vista, descuellan, entre los hombres políticos de la Revolución, el señor D. Nicolás María Rivero, cuyo retrato hoy aparece en las columnas de LA ILUSTRACIÓN DE MADRID.

Don Nicolás María Rivero nació en Sevilla en 1816, y si se recuerda que cinco años más tarde ocurrió la revolución de 1820, y que en la época de su vida de estudiante tuvo ocasión de apreciar los actos del segundo absolutismo de Fernando VII, podrá encontrarse la razón de que en su inteligencia germinasen las ideas políticas que estaba llamado por el destino á sostener y á difundir más tarde entre sus compatriotas.

Nacido D. Nicolás María Rivero en humilde cuna, desde edad muy temprana hubo de dedicarse al estudio para abrir un porvenir á su vida, y cursó filosofía y se matriculó en la Universidad de Sevilla, donde aprendió la medicina, siendo sustituido en aquel centro científico del profesor Velazquez, de notable reputación, y prestando grandes servicios en Triana, en Cantillana y Cortajana durante el terrible período de 1834, en que el cólera morbo infectó las poblaciones andaluzas.

Su carácter y las especiales dotes que para el foro reunió, le llamaban al estudio del derecho y le apartaban por completo de la profesión que ejercía. Desempeñó por entonces una plaza de auxiliar en la Diputación provincial, matriculándose después en la facultad de derecho. En aquel tiempo por sus opiniones filosóficas y por su carácter independiente manifestaba ya la dirección política que había de seguir en adelante.

Tenia D. Nicolás María Rivero que atender á su subsistencia, y su vida era una serie no interrumpida de trabajo y estudio. Estableció una academia en la cual daba repaso á sus compañeros. En 1842 ascendió á jefe de la seccion de Fomento, con 8.000 reales de sueldo; pero en 1843, sin duda por haber manifestado ya su opinión política, fué destituido.

Falto de recursos, volvió á ejercer la medicina.

En aquella época se hizo notable en Sevilla por un rasgo que hace constar uno de sus biógrafos. Habíase detenido en aquella capital el embajador otomano Fuad Effendi, quien tuvo necesidad de asistencia médica. Llamado D. Nicolás María Rivero, hubieron de transmitirle el encargo en términos inconvenientes y de orden de la autoridad. Creyóse herido en su dignidad, y resueltamente contestó que no iba.

A la edad de treinta y un años se recibió de abogado,

abandonando por completo el ejercicio de la medicina. Las grandes dotes oratorias y de inteligencia que amigos y adversarios le reconocen, alcanzáronle muy pronto una reputación distinguida y suficientes medios para establecerse en Madrid.

Sus primeros trabajos políticos y periodísticos fueron en *El Siglo*, que dirigía Baralt, y en el cual escribía también Diaz Quintero.

Por fin le vemos figurar en 1847 en el Parlamento, representando á Ecija, y sostener en aquella legislatura la bandera liberal al lado de Mendizábal, Olózaga, Cortina, Calatrava, La Serna, Oxdar Avelilla y otros ilustres repúblicos, y formando con este último y con Oransea el pequeño grupo que sirvió de núcleo al partido democrático.

Compréndese bien que habiendo pasado el personaje, cuya vida ligeramente reseñamos, por largas épocas en que los gobiernos eran absolutamente hostiles á sus ideas, y que veían un peligro en la propaganda activa, tenaz y agitadora que hacia de las doctrinas radicales, no habían de escasear para él las persecuciones; y en efecto, en distintas ocasiones y ántes de verificarse el alzamiento de 1854, fué preso y encarcelado. En la de Madrid se encontraba cuando tuvieron lugar aquellos sucesos: el pueblo le sacó en triunfo de su prisión, y el gobierno que se constituyó le encargó del gobierno de Valladolid, que desempeñó hasta el día en que, juzgando satisfactoriamente dispuesta la opinión pública para organizar un gran partido democrático, fundó el diario *La Discusión* en 1856, cuyo célebre programa es sobradamente conocido para que nosotros le recordemos á nuestros lectores. En este periódico dictaba D. Nicolás María Rivero á dos taquígrafos sus artículos, pues su carácter activo no se avenía con la lenta ejecución de la mano que escribe lo que inspira el pensamiento, y la campaña que realizó, sin que le arredrasen las persecuciones del gobierno, le valió ser elegido diputado por Murviedro en aquellas elecciones, que hizo famosas la desgraciada muerte de D. Tomás Brú, cuyas huérfanas acogió el partido democrático, y que dieron á éste ocasión para apreciar el número de sus correligionarios y la extensión de sus fuerzas.

Desde esta época hasta el día la historia de D. Nicolás María Rivero está sobradamente reciente para que se haya olvidado, y exigiría acaso apreciaciones ajenas á la índole de nuestra revista.

Nuestro objeto, al apuntar estos ligeros datos biográficos, ha sido iluminar el período de su vida que por lejano generalmente se desconoce. Todos sabemos la parte que ha tomado en la Revolución de Setiembre, en la elaboración del Código fundamental del Estado, en todas las tareas de la Asamblea Constituyente que hace poco presidia, en la organización de la fuerza ciudadana y en los actos del municipio de Madrid, cuya presidencia también le ha estado confiada. Hoy tiene á su cargo la importante cartera de la Gobernación del Reino, en cuyo desempeño con tanta brillantez puede desplegar sus raras condiciones de orador, de hombre político y de carácter.

EL SIGLO DE LOS ANUNCIOS.

Hace cuarenta años, *el siglo* significaba pura y simplemente la antítesis del *convento*. Las personas que se consagraban á la vida ascética y contemplativa, formaban un mundo aparte, una sociedad intermediaria entre Dios y los hombres, suspendida entre el cielo y la tierra y en perpetuo antagonismo con los sentimientos, afectos y pasiones terrenales. Todo lo que no pertenecía á los conventos era *siglo*. Así, vivir en el siglo, pertenecer al siglo, condenarse en el siglo, equivalía á decir: vivir fuera del convento, pertenecer al mundo, sufrir todas las cargas, pechos é impuestos, pagar diezmos y primicias, y soportar las amarguras á que está condenado el hombre desde que nace.

Poco á poco, *el siglo* fué agregado á su nombre de pila algunos apellidos que representaban los rasgos más culminantes de sus modificaciones características, y se llamó sucesivamente *siglo ilustrado*, *siglo de las luces*, *del vapor*, *de la electricidad*, *de la mecánica*, *de la industria*, etc., etc. Pero ya se van haciendo viejos todos estos calificativos; el siglo hace una nueva evolución en su marcha progresiva, y esta nueva fase de su carácter exige una calificación nueva. Yo deseo que se le confirme, y propongo humildemente que se le llame *EL SIGLO DE LOS ANUNCIOS*.

«Cavier decía: «dádme un fragmento de hueso y yo os diré á qué animal pertenece...» Pues bien, yo digo: «dádme un fragmento de la cuarta plana de un periódico, y

yo os diré cuál es la idiosincrasia moral de la época á que corresponde ese fragmento.»

El anuncio, considerado únicamente en su forma, es un muestrario de todos los géneros de elocuencia, un diapason de todos los tonos, un índice de todos los estilos. Humilde, como el de las amas de cría; patético, como el de la viuda con seis hijos que implora la caridad desde una buhardilla; soberbio, como el de la sociedad anónima con 500 millones de capital; trivial, como el de la casa de huéspedes; sublime, como el que ensalza con épica trompa las virtudes de tal *divino* medicamento; pedestre, como el del zapatero de portal; impetuoso, como el de las máquinas de vapor; dulce, como el de los caramelos de la Mahonesa; armonioso, como el de los órganos expresivos de M. Alexandre; incisivo, como el de las navajas de afeitar garantizadas; áspero, como el de las piedras de afilar; suave, como el de los jabones de Tridacio y la manteca de Soria: el anuncio crotta, implora, susurra, gimé, palpa, trama, ruge, se duslia, se arrastra, se levanta, se despliega; Proteo de todos los intereses, vehículo de todos los adelantos, fuente de todos los deseos, anuelo de todos los bolsillos, panacea de todos los males.

Desde el cuarto piso del periódico contempla con desden á sus vecinos de los otros cuartos y les obliga á soportar el peso de su reconocida superioridad. El pretencioso artículo de fondo, el suelto intencionado y reticente, la autorizada noticia, la sibilitica correspondencia de Berlín ó de San Petersburgo, la palabra revista de la semana, la hinchada crítica de teatros, la traviesa y chispeante gaceta, el nervioso y patibulario folletín, viven un día para ser olvidados al siguiente. Pero el anuncio, firme en su puesto, impertérrito, clavado en su cuarta plana, como una roca en el Océano, aguarda un día, y una semana, y un mes, y un año; espía al lector, le persigue, le hostiga, le estrecha, obligándole, por una especie de influencia magnética, á que fije en él su mirada; y cuando una vez lo ha conseguido, el implacable anuncio se introduce en el cerebro del suscriptor, se estereotipa en él, ya no le abandona. En vano será que el magnetizado arroje el papel ó lo desgarré ó lo quemé; en vano que cierre los ojos para sustraerse á aquel poder fascinador; el anuncio se ha enseñoreado ya de su memoria, y no hay fuerzas humanas que le arrojen de aquel asilo inviolable.

Pocos han fijado la atención en una particularidad digna de notarse: entre el anuncio y el resto del periódico hay un antagonismo constante, una perpetua lucha, en que todas las ventajas están de parte del primero. No hay afirmación del periódico que no sea rotundamente desmentida por el anuncio.

Publica el diario un luminoso artículo de cuatro columnas demostrando que el comercio decae, la industria agoniza, el crédito se escasa y el dinero escasea. El cándido suscriptor lo lee con avidez, haciendo con la cabeza un signo de asentimiento al concluir cada período, y exclama cuando ha devorado el artículo: «¡Esta es la pura verdad!» Pero oye una cargada insolente enfrente de él... Detira el periódico para ver quién se ríe en sus barbas, oculto tras el papel... Nadie. El lector está completamente sólo en su gabinete. Y sin embargo, la cargada se repite cada vez más burlesca... ¿De dónde viene aquella risa impudente? De la seccion de anuncios. Vuelve el suscriptor á la azorada vista hacia la cuarta plana, y allí se ofrece á sus ojos media docena de anuncios que le hacen ridiculas muecas y grotescas reverencias.—*El Comercio floreciente...*—*La Industria plétorica...*—*El Potosí, Sociedad de Crédito...*—*Se facilita dinero á todas las clases...*—*Se compra papel del Potosí...*—*Dinero barato...* etc., etc.

El lector acaba por convencerse de que el comercio florece en España, la industria se remonta al quinto cielo, el crédito ensancha sus horizontes y el dinero anda por los suelos.—«¡Beh! exclama, estos periodistas todo lo ven á través de un velo negro!»

Signe leyendo, y tropieza con la descripción de una magnífica *soirée* con que obsequió hace tres noches el opulento Sr. X... á lo más distinguido y aristocrático de la sociedad madrileña. ¡Qué lujo en aquellos salones alumbrados á *giorno!* ¡Qué muebles! ¡Qué espejos! ¡Qué alfombras! La señora de X..., que hacia los honores de la casa con su característica amabilidad, lucía un traje deslumbrador. La diadema valía 10.000 duros, el collar 5.000, el alfiler 4.000. No hay que hablar del espléndido *buffet*, porque sería imposible dar una idea de los exquisitos manjares, vinos deliciosos, frutas, dulces, heladas, allí reñidos en aperitiva y suculenta conciliación...

Fatigado el lector con la descripción detallada de tanto lujo y magnificencia, arroja sobre la mesa el periódico, y entonces su desviado mirada se fija en la plana de anuncios, donde hay uno que dice:

GRAN CASA DE PRÉSTAMOS.

GARANTÍA.—SIGILO.

«Se empeñan toda clase de alhajas, muebles y ropas de lujo.

«El mayor elogio que podemos hacer de este establecimiento es consignar que merece la confianza de personas tan distinguidas como la señora de X..., con quien ha hecho operaciones por valor de más de 25.000 duros en el año último. Además, ofrece á sus favorecedores la ventaja de que, mediante un precio convencional, se les permite hacer uso de las alhajas, muebles ó ropas empeñadas, para lucirlas en bailes, teatros ó soirées, bajo la vigilancia personal de un socio ó dependiente de nuestra casa, que asistirá á dichas reuniones.»

Podría multiplicar los ejemplos en comprobación de mi tesis, pero renuncio á ello en obsequio de la brevedad.

Por regla general, el anuncio no obedece á las leyes del buen sentido, de la lógica ni de la gramática, y frecuentemente no existe punto alguno de relación entre el título, nombre ó razón social del establecimiento y los objetos que en el mismo se expanden, ó hay contradicción absoluta entre unos y otros. Pero el público, que no toleraría tales contrasentidos en el cuerpo del periódico, acepta, sin protestar, en la cuarta plana, anuncios parciales á éste:

BAZAR ESPAÑOL.

PROTECCIÓN Á LA INDUSTRIA NACIONAL.

«En este establecimiento, exclusivamente español, y el primero de su clase, se encuentran todas las prendas y accesorios de trajes para caballeros. En un cuarto de hora se equipa de pies á cabeza á la persona que lo desee, con productos de la industria y manufactura nacional.

Camisas lisas y bordadas, de París.

Calzoncillos bordados y lisos, de Amsterdam.

Calcetines ingleses.

Botas de charol, de New-York.

Pantalones de los mejores paños y lanillas, de Bélgica.

Gabanes, chaquets, levitas, americanas, etc., de géneros selectos ingleses.

Chalecos de varias clases y telas, francesas, inglesas, belgas y norte-americanas.

Sombreros, de París.

Guantas, de las más acreditadas fábricas parisienses.

Corbatas, bastones, carteras, etc., etc., de la capital de Francia.

Nota. Se garantiza la procedencia de los géneros que se venden en el Bazar español.»

No es ménos notable el siguiente:

LAS VIRTUDES TEOLÓGICAS.

BÁLSAMO DE GARCÍA.

«La Fé salva; la Esperanza consuela; la Caridad ennoblece, y el Bálsamo de García cura radicalmente los dolores de las articulaciones.»

La mayoría de los anunciantes procuran llamar la atención del lector por medio de títulos pomposos: colocan siempre las frases de efecto á la cabeza de sus enumeraciones, y se ingenuan en inventar nombres nuevos para cosas viejas.

AL DILUVIO UNIVERSAL.

«Sesenta mil anthidros (paraguas) acabau de llegar de la capital del Celeste Imperio.

Dirigiese á D. F. de T., único comisionado en Madrid de la casa constructora Kant-kind-konc, establecida en Pekin, plaza de Confucio, frente al café de los Mandarines.

«Los anthidros se garantizan por seis lluvias, dos aguaceros y cinco nevadas copiosas.

«Fundas y prospectos gratis á los que compran uno ó más de dichos mecanismos.»

Hay anuncios que pueden pasar por modelos de concisión, como éste:

Cal.
Zinc.
Rox.
Cok.

Gil.—Pez, 3.

Los hay difusos y pretenciosos como una disertación académica, por ejemplo:

NO MAS ENFERMEDADES.

NO MAS MÉDICOS.

No mas medicamentos.

«De hoy en adelante y gracias al maravilloso y providencial descubrimiento de Mr. Delafarce, nadie tendrá derecho á morir sino de vejez.

«Cuarenta años de constantes estudios en la India, numerosos ensayos y multiplicados experimentos en el orden zoológico, y una serie de minuciosos análisis químicos á innumerables preparaciones botánicas, en que monsieur Delafarce ha gastado su vida y un patrimonio de 724.105 francos, le han permitido llegar á esta conclusión luminosa: *Los simples son el principio de la vida.*

«A los simples, pues, va dirigido este anuncio; es decir, á demostrar que los simples, bien explotados, son una verdadera ganga para los sabios industriales.

«La vida es una: uno debe ser el medio de conservarla. Así, pues, mi Delafarce (al que no llamo «panacea» ni «elixir de larga vida» por no seguir el rumbo de empíricos charlatanes) es también uno, pero multiplicado en su forma preparatoria, de manera que produzca tantas unidades ó tantas veces uno como unidades constituyen las diversas enfermedades que conspiran á destruir la unidad de la vida.

«El Delafarce está preparado única y exclusivamente con raíces de plantas tropicales, y dispuesto en forma de unguento, pomada, parche, etc., para aplicarse al exterior, y jarabe, píldoras, bolos, infusión, cocimiento, disolución, etc., para uso interno.

«Cada bote, caja, paquete ó frasco de cualquiera de estas preparaciones, sólo cuesta cincuenta céntimos, porque el inventor, ajeno á toda idea de especulación, únicamente aspira á ser útil á la humanidad.

«A cada bote ó caja acompaña un prospecto, donde se explica el modo de usarlo. Se advierte que es absolutamente indispensable tener el prospecto y seguir al pie de la letra sus indicaciones.

«Precio de cada prospecto: 76 reales.»

Al mismo género pertenecen el siguiente:

PASTA DE ARAÑAS.

«Preparación infalible para curar toda clase de heridas, sin necesidad de facultativo.

«Con este precioso hemostático, aplicado á tiempo, se restañan y cicatrizan casi instantáneamente todas las heridas hechas con instrumento cortante, punzante, dislacerante ó contundente, cualquiera que sea el sitio, forma, dimensión y profundidad de las mismas.

«La portentosa acción terapéutica de este prodigioso específico tiene una explicación eminentemente racional y filosófica, que someto al gran jurado de la opinión pública.

«Las heridas no son más que *soluciones de continuidad*, esto es, separaciones, dislaceraciones ó desgarramientos de los tejidos. Todo lo que es capaz de separar, desgarrar ó *deshechar tejidos*, es capaz de producir heridas; y por contraposición, todo aquello que tiene la propiedad de adherir, juntar, reunir ó reconstituir tejidos, es apto para curarlos. Sigamos el hilo del razonamiento.

«La curación de las heridas será tanto más eficaz y rápida, cuanto mayor sea la potencia adhesiva ó reorganizadora del medio terapéutico empleado en su tratamiento. Ahora bien, si hallásemos en la naturaleza un cuerpo, sea orgánico ó inorgánico, que tuviese la propiedad, no ya de reunir tejidos desgarrados, sino de formarlos, de constituirlos, en una palabra, de *hacer tejidos*, habríamos encontrado el medio seguro de curar toda clase de heridas.

«Pues bien, ese cuerpo existe en la naturaleza bajo la forma animal; ese cuerpo es el insecto llamado vulgarmente *araña*, puesto que la araña tiene la propiedad de fabricar tejidos.

Desde la más remota antigüedad el *tejido de araña*, ó telaraña, se ha empleado para restañar la sangre y preparar la cicatrización de las heridas, lo cual es un nuevo testimonio en comprobación de mi teoría.»

Los anuncios en verso han caído en desuso, efecto sin duda del espíritu prosaico y positivista de la época que atravesamos; pero hubo un tiempo en que estuvieron en boga, y recuerdo haber visto en cierta calle de Madrid una zapatería, en cuya portada se ostentaba este fragmento de poema:

«En 21 1/2 rs. muy baratos
Se dá un par de zapatos;
Por 50 ó 60, botas finas,
Y á 24, 26 y 30 mallorquinas.
Las hay de rusel, sagrán y charol
Impermeables al agua y al sol.
Hay también zapatillas
Para señoras de cuero
Y alpargatas para caballero.»

Hoy no se encuentra ya nada parecido á este género de anuncios, y cuando más, suele verse alguna reminiscencia que no satisfaca por completo, *verbi-gratia*:

A TALIA

GRAN ROPERIA.

«Pantalonería, gabanería, chalequeria, levitiera y americanaría, al gusto del día.

«Calle del Mediodía.

«Por vía de garantía no se fia.»

Los anuncios bibliográficos constituyen una clase muy importante y digna de atención; pero los estrechos límites de un artículo no me consienten extenderme demasiado, y sólo presentaré las dos muestras siguientes:

ANALES DEL PATÍBULO

Y CRÓNICAS DEL PRESIDIO.

«Colección de los crímenes más célebres del mundo desde Cain hasta Troppmann.

«Obra recreativa, ilustrada con láminas y viñetas.

PROSPECTO.

«El título de la obra que ofrecemos al público, es por sí sólo una garantía de su altísimo interés. Reunir en un cuerpo de doctrina los actos más horripilantes perpetrados por la humana perversidad, para presentarlos al mundo en toda su repugnante desnudez; elaborar en una cadena que aprisione la atención, la ansiedad y el interés del lector, esas sugerencias demoniacas del espíritu humano, que se revelan bajo las variadas formas de homicidios, envenenamientos, parricidios, estrangulaciones, alevosías, saqueros, robos, matanzas, incendios, asesinatos, violaciones, descuartizamientos, suicidios, etc., etc.; coger al lector por los cabellos y pasearle por los funestamente fértiles campos de la criminalidad; acostumar sus ojos á los puñales, hachas, teas, horcas, trabucos, garras, mordazas y demás utensilios del crimen; estremecerle ante los miembros desparramados y los esqueletos blanquecinos; hacerle palpitar sobre las entrañas de las víctimas y aspirar los tibios vapores de la sangre: hé aquí nuestros generosos propósitos y el objeto de la presente obra. Si lo conseguimos, daremos por bien empleados nuestros desvelos y los sacrificios que nos hemos impuesto.

«Hemos dado un lugar preferente en nuestros *Anales* á los *crímenes del bello sexo*, porque siempre excitan mayor interés.

«La obra se publicará por entregas, conteniendo cada una por lo ménos *dos grandes crímenes y seis ó ocho delitos subalternos.*

«Cada entrega costará dos reales, de modo que puede decirse que al suscriptor sólo se le hacen pagar los *crímenes* y se le dan gratis los *delitos.*

«A los suscritores de las cárceles y presidios, á las señoras suscriptoras de la casa-galera y á los parientes de los ajusticiados, se les hará una rebaja de 25 por ciento en sus pedidos.

«Con la última entrega se publicará la lista nominal de los señores suscritores y de todos los criminales que figuran en la obra.»

ARTE DE HABLAR

CORRECTA Y ELEGANTEMENTE EL CASTELLANO.

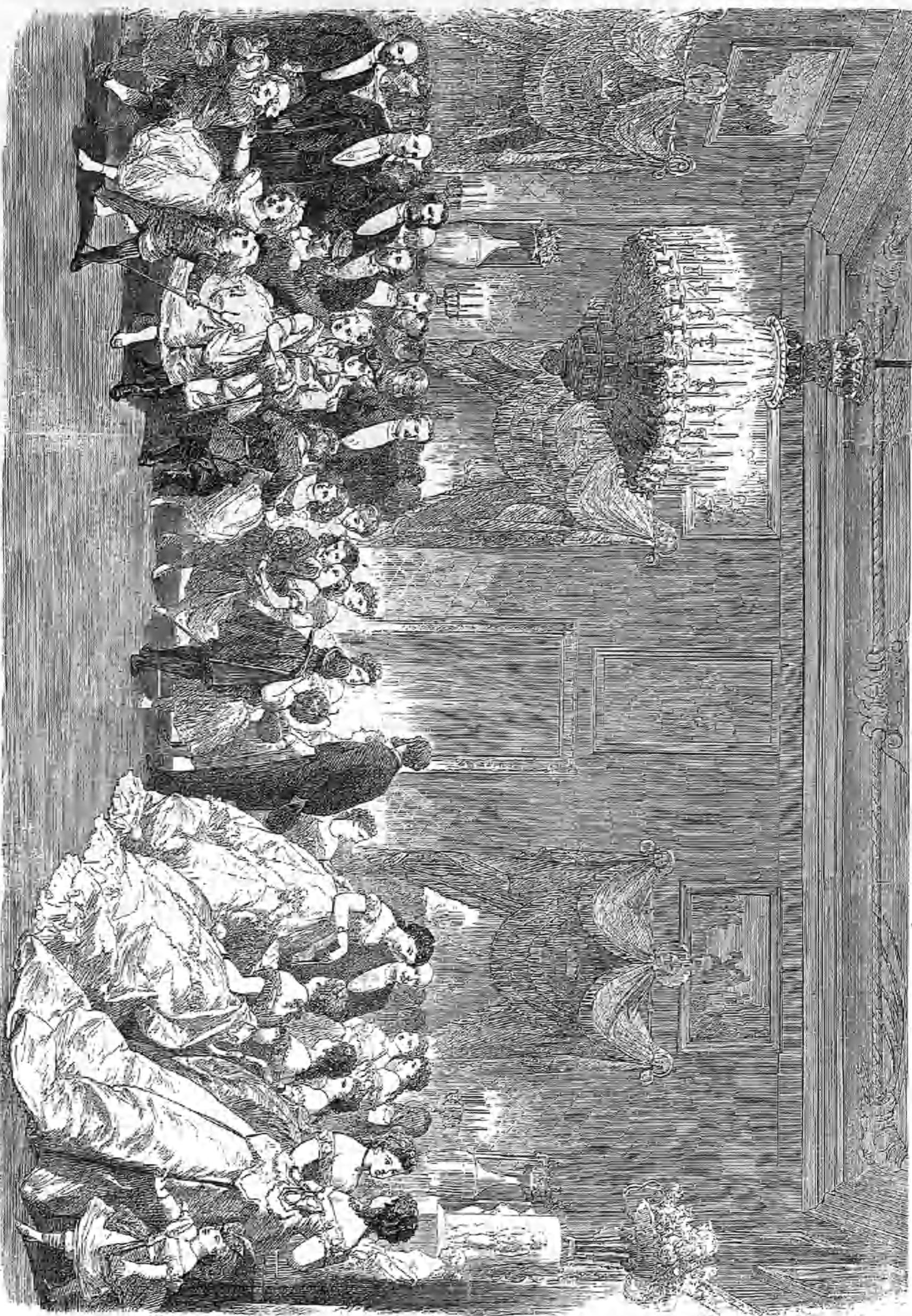
«Obra escrita en francés por Mr. Lalangue, Miembro del Instituto poligloto, Individuo de la Academia de las Lenguas vivas, Secretario de la Sección ortológica en la Gran Asociación sabia para la propaganda del Idioma Universal, Corresponsal de varias Academias extranjeras; etc., etc.,

Traducida al español

por D. N. II.

«Nada mejor puede hacer el traductor del presente libro que insertar al frente de este prospecto un párrafo del *avant-propos* con que Mr. Lalangue encabeza su notabilísimo trabajo. Así los lectores tendrán de paso una

BAILLE DE NIÑOS CELEBRADO EN LA REGENCIA EL DIA 29 DE FEBRERO PROXIMO PASADO.





DOÑ NICOLÁS MARÍA RIVERO.

muestra del esmero que D. N. H. ha puesto en la version castellana. Héle aquí:

"No hay que el idioma español que pueda soportar la competencia con el griego antiguo y el francés moderno. El exprime con enérgica entonacion las ideas, él rinde formas de la más bella expresion á los sentimientos que hacen esplosion en el corazon. Va sin decir que también se hace remarcable por otras excelencias y por gran nombre de buenas-palabras. Yo sería, *faché* de haber mal comprendido lo que de filosófico y de espiritual hay en este idioma, del cual el estudio he cultivado, creo yo, con suceso...."

"Tenemos la presuncion algo immodesta de haber hecho un importante servicio á nuestro pais con la traducion de la presente obrita, y veriamos colmadas nuestras aspiraciones si el Gobierno de S. A. se sirviese declararla de texto para la ensenanza."

Son tambien dignos de mencionarse los anuncios de almonedas, de que he visto ejemplares tan curiosos como éste:

ALMONEDA.

- "Se vende un borrego, una flauta y otras aves.
- "Un estuche con seis navajas para afeitar viejas.
- "Un tilbury, dos paletots y demas utensilios de cocina.
- "Un reloj de cuclillo, un lorito y un Diccionario de la Academia, que habla correctamente el español. (El que habla no es el Diccionario sino el lorito.)
- "Una yegua de tiro y un revolver de seis idem.
- "Cuatro monedas célticas de á veintimo y cuartillo; un capiteo romano que representa á Napoleon; un vaso etrusco original, hecho por un aficionado; varias acciones de una sociedad de crédito; tres ejemplares de la Constitucion del 69, y otras antigüedades.
- "Hay novelas de D. Alejandro Dumas y de monsieur Enrique Escrig.
- "Todo muy arreglado, á excepcion del reloj, que tiene descompuesto el fusillo del *cucllo*."

Los anuncios de pupilaje ofrecen la particularidad de que, al mismo tiempo que solicitan huéspedes para las casas, declaran que tales casas no son casas de huéspedes. Nunca he podido dar cuenta de tan abultada contradiccion; pero el hecho es que existe y que, de cada diez anuncios de esta clase, ocho por lo ménos contienen la consabida mulefilla: *Se advierte que no es casa de huéspedes.*

- "Una señora sola, viuda, de treinta y dos años, alta, rubia, no mal parecida, admitirá en su compañía y cederá un gabinete con alcoba á un caballero de buenas costumbres y, si es posible, que no sea empleado.
- "No es casa de huéspedes.
- "Calle de... número...
- "El portero, que es hombre muy discreto, dará razon."

La humanidad doliente es objeto de la más cariñosa solicitud por parte de las empresas de anuncios. Al ver esa interminable lista de jarabes, pastillas, elixires, emplastos, bálsamos, pastas, polvos, píldoras, unguentos, etc., etc., todos *infallibles* para curar *todas las enfermedades*, hay que convenir en que los enfermos no merecen lástima, porque teniendo en su mano la salud, mediante unos cuantos escudos, prefieren sufrir y morir como en los ominosos tiempos de Hipócrates y Avicena, en que no se conocian establecimientos como la

FARMACIA CULINARIA.

- DESAYUNOS, ALMUERZOS Y COMIDAS TERAPÉUTICAS.
- "En el *Gran Restaurant de la Salud*, dirigido por el Dr. Cuisinier, se sirven con prontitud, esmero y economía
- "Sopas de tapioca, sagú y revalenta árabe.
- "Id. de pasta de caracoles.
- "Cocidos, ó cocimientos suadinos.
- "Chuletas á la papier Fayard et Blayn.
- "Extracto de carne Liebig.
- "Hígado de bacalao.
- "Tortillas de toda clase de yerbas medicinales.
- "Conservas purgantes.
- "Chocolate anti-gastrálgico con bizcochos vermifugos.
- "Bábanos yodados.
- "Crema de Turquía.
- "Vino de Bugeaud toni-nutritivo.
- "Id. de Bellini.

- "Id. del Dr. Albert."
- "Licor de Goudron concentrado.
- "Agua de Seltz.
- "Id. del Jordán y de la Fuente del Berro.
- "Aceite de bellotas, vinagra sedativo, sal de Bertholet.
- "Cigarrillos pectorales para despues de la comida.
- "NOTA. Se ponen dentaduras artificiales."

Iba á poner fin á mi tarea, ya demasiado larga, cuando recibo el anuncio de un notable espectáculo, destinado á llamar la atencion y ocupar por algun tiempo un sitio preferente en la cuarta plana de los periódicos. Allá vá por vía de despedida:

¡PLAZA A LOS MUERTOS!!!

SORPRELENDE Y ATERRAPADOR ESPECTÁCULO.

"Procedente de varias cortes extranjeras, donde ha producido sensacion inmensísima, acaba de llegar á Madrid el gran evocador de espíritus M. Farceur, y se propone dar algunas sesiones públicas en su habitacion calle del Perro, 60, tercero.

PROGRAMA DE LA PRIMERA SESION.

- "1.º—Duo de lira y violin titulado *El Carnaval de Thebas*, por los Sres. Orfeo y Paganini, previamente evocados por Mr. Farceur y *visibles* al público.
- "2.º—Escena de la *Medea*, en que *se verá materialmente* á ésta degollar á sus propios hijos. (Este pasaje produjo en Viena tal impresion la primera vez que se expuso, que muchas señoras experimentaron vértigos, síncopec y ataques epilépticos.)
- "3.º—Evocacion individual de espíritus, por Mr. Farceur. Cada espectador tendrá el derecho de designar la persona difunta que desee se le aparezca, siempre que no pertenezca á su familia y haya muerto ántes del siglo XVIII. Nadie podrá dirigir preguntas á los espíritus más que el evocador.
- "4.º—*Gran revista* de espíritus de ámbos sexos. Monsieur Farceur, puesto en pié sobre su trípode, trazará con una varita tres círculos en el aire, de izquierda á derecha, y conjurará en un idioma especial á los espíritus de los más célebres personajes de la antigüedad, que, dóciles á la evocacion, se aparecerán en sus formas corpóreas y vestidos con sus trajes habituales, é irán desfilando lentamente ante los espectadores.
- "Figurarán entre los *aparecidos*: Adán y Eva, Hércules, Nabucodonosor, Semiramis, Alejandro Magno, Cleopatra, un Sátiro, Ciceron, Boabdil-el-Chico, Judit y Pepe-Illo.
- "5.º y último. Sorprendente *can-can* de espíritus, acomodado al gusto literario de la España moderna."

FERNANDO M. REDONDO.

POESÍA.

¡La tierra! sí, ¡es la tierra!
 ¡La venturosa Antilla,
 Joyel de mi Castilla,
 Pensil del Setentrion!
 Jardin que el sol ardiente
 De mil colores tiñe,
 Y el mar estrecha y ciñe
 Con ancho cinturon.

Allá el ramoso céiba
 Y el alto socotero
 Saludan al viajero
 Mecidos del terral!
 Ondula allí la caña,
 Riqueza de esos valles:
 Allí se ven las callas
 Del verde cañatal.

Tras esa leva curva
 Que traza el mar sereno,
 Alojando están su seno
 Cabañas y Mariel;
 Y más allá, escondidas
 Entre el vapor del agua,
 Las Tetas de Managua
 Levántanse á nivel.

¡Mansion de los placeres!
 ¡Frondoso paraíso,
 En donde el cielo quiso
 Sus dones apurar!

Propicio me recibe,
 Que en blando movimiento
 Murmura manso el viento,
 Murmura manso el mar.

Torrentes de armonía,
 Qué el ánimo embriagan,
 Suspiran, rien, vagan
 Por piélagos de luz.
 Y con alegres trinos
 Cantando está el *pampero*
 Del alto mastelero
 Sobre la triple cruz.

Mas, ¡ay! que en vano, en vano
 Tu cielo y mar despliegan
 Encantos que no llegan
 Jamás al corazon.
 Para el que ya ha gozado
 La paz de otras caricias,
 Tus goces y delicias
 Indiferentes son.

Tus aves numerosas
 Con su gentil plumaje;
 Tu espléndido follaje;
 Tus bosques de azahar,
 La bóveda azulada
 Del alto firmamento,
 No pueden un momento
 Mis ojos cautivar.

Yo vivo con el alma
 Bajo la alegre esfera
 Donde por vez primera
 Bañó mi frente el sol.
 ¡No es siempre engendradora
 La ausencia del olvido!
 Que en mí ha robustecido
 Mi espíritu español.

Iman y alegre centro
 De las memorias mías,
 Están mis alegrías,
 Está mi vida allí;
 Que vualto á Occidente
 Los ojos siempre fijos,
 Tendiendo están mis hijos
 Sus manos hácia mí.

¿Cuándo verán mis ojos
 Las playas españolas?
 ¿Cuándo las crespas olas
 A Oriente surcaré?
 ¡Y recobrando á un tiempo
 Amor, contento y calma,
 Las prendas de mi alma
 Al pecho estrecharé!

Cuando feliz me vea
 Entre sus brazos preso
 Y en el calor de un beso
 Me sienta revivir;
 ¿Qué cambios la Fortuna
 Hará en su instable rueda,
 Que con valor no pueda
 Mi pecho resistir?

¡Afecto que á mis ojos
 Arrancas dulce llanto!
 ¡Oh! de la patria, santo,
 Inextinguible amor!
 ¡España, noble madre,
 Presente en mi memoria!
 En tí, mi pena es gloria:
 Sin tí, todo es dolor.

A. GARCÍA GUTIERREZ.

A bordo del buque de vapor inglés *Severa*, Setiembre de 1862.

LA VIUDA DEL PATRIOTA Y SU HIJO.

1808.

Madre: ¡el sitio en que mataron
 A mi padre los franceses,
 No fué junto á los cipreses
 Donde vés á la oracion...!

¿Allí dónde está el lindero
De la haza que has comprado
Con el fruto de su arado
Y el precio de su sudor...?
¿En el sitio dónde há poco
Me llevabas con mi hermana
A rezar cada mañana
Por quien la vida nos dió...?
¿Allí dónde me decías
La vengara por mi brazo,
Ó á balazo por balazo,
En llegando la ocasion...?
¿Allí dónde han fecundado
Tus lágrimas tanto el suelo,
Que crece nuestro majuelo
Más que los de alrededor...?
Pues madre; arando ese campo
Hice de mis fuerzas prueba,
Que por apretar la esteva
Nunca mengua la labor;
Y al empuje de la yunta
Abrióse surco tan hondo,
Que desenterré del fondo
Este arcabuz vengador...
—Hijo mio, hácia Bailen
Van las tropas de Dupont;
Dios te guie...

—Amen.

—Amen.

—Llévate mi bendicion.

ANTONIO ROS DE OLANO.

SINFONÍA DE AMOR.

PRELUDIO.

¿Qué podrá decirte el alma,
Niña, que placer te cause?
Yo no lo sé: dudo y tiemblo...
Será forzoso que calle.

Cuando te veo al crepúsculo
Virginal de la mañana,
Me pareces ángel, niña,
Y ténne vapor del alba.

ANDANTE.

I.

¿Por qué en el bosque sombrío
Pasé ayer la noche entera,
Lleno de melancolía,
Suspirando de tristeza?
¿Por qué la lumbré del sol
Me es importuna y molesta,
Y hayo de tí si te encuentro,
Y él no verte me da pena?
¿Por qué te adoro, ángel mio...?
¿Por qué eres tú mi existencia,
Y estoy yo siempre tan triste,
Y eres tú siempre tan bella?

II.

Con sus piecitos blancos
Camina la luna, lenta;
Y el monte lleno de sueño,
Con perezosa indolencia,
Sus largos brazos de sombra
Extiende por la pradera.

Tú eres la luna, ese cielo,
El ambiente y las estrellas...
Yo 'ese monte amarillento,
Esas largas sombras negras.

III.

Yo sé que todo termina,
Que todo es humo en la tierra;
Que pasa la juventud
Y que el amor vá con ella;
Yo sé muy bien todo esto,
Lo sé por desgracia nuestra...
Más dáme un beso, mi bien,
Aun cuando pase y no vuelva.

IV.

Los pintados gilguerillos
Suspiran en la pradera,
Y tienen celos las rosas
De las blancas azucenas.

Observa cómo la luna
En las ondas se refleja,
Sin pensar en que el arroyo
Guardarla amante desea.
Pues de igual modo tu imagen
En mi corazón se encuentra,
Y cual la luna en las aguas
Dentro de mi pecho, tiembla.

V.

Estacion de los amores,
Perfumada primavera;
Dime tú con tus murmullos,
Tus aromas, tus esencias,
Tus doradas mariposas,
Tus armonías secretas,
Tus tapices de verdura,
Tus sonrisas de doncella;
Con todos tus resplandores,
Cantos, colores y esencias;
Puesto que el reflejo eres
De su hermosura suprema,
Si yo á quien amo es á tí...
¡Oh no!... yo sólo amo á ella.

REMINISCENCIAS.

¿Quién fuera luna
Quién fuera brisa
Quién fuera sol;
¿Para decirte,
Para contarte,
Para explicarte
Todo mi amor!

¿Quién fuera el rayo
De la mañana,
Quién fuera el canto
Del ruiseñor!
¿Quién fuera arrullo
De una paloma,
Quién fuera aroma
De alguna flor!

¿Quién fuera luna,
Quién fuera brisa,
Quién fuera sol;
Para quererte,
Para adorarte,
Para besarte,
Ángel de amor!

¿Quién fuera el alba
Cuando despierta,
Quién del torrente
Fuera la voz,
Y quién del aura
De la armonía
De un bello día
Tuviera el don!

¿Quién del crepúsculo
Fuera la hora,
Quién el instante
De tu oracion;
Quién fuera parte
De la plegaria,
Que solitaria
Mandas á Dios!
¿Quién fuera luna,
Quién fuera brisa,
Quién fuera sol!...

FINAL.

Navegando en mar horrible
Vá una pobre embarcacion,
Y sus velas desgarradas
El huracán lleva en pos.
Mas la nave su derrota
Siguiendo vá sin temor,
Sin que los vientos la arredren,
Ni de la mar el furor.
Cuando á la vista del puerto
La misera embarcacion
Con un escollo tropieza
Y en mil pedazos saltó.

Del mismo modo yo la vida mia
Mil tormentos sufriendo he recorrido;
Y cuando ya en el puerto me creía,
Un soplo, un beso, un nada!... me ha vencido.

T. DE AVENDASO.

EN EL CUERPO DE UN AMIGO.

NOVELA DIABOLICA

POR

JOSE FERNANDEZ BREMON.

(Continuacion.)

Teodoro sacó una carta del bolsillo que leyó en alta voz, dominado enteramente por los vapores del vino.

—Clotilde; no es la hija de D. Braulio?
—La misma, contestó Teodoro con orgullo.
—No me gusta el estilo de esa muchacha.
—Es idiota.

—Su padre es contemporáneo de Mahoma: le aborrezco.

Don Braulio, que había escuchado la carta tembloroso, procuraba sonreírse; pero estaba indignado con Luciano, á quien suponía cómplice de aquellos calaveras, que segun costumbre general, así revelaban secretos confiados á su prudencia.

—Mañana me presentará Luciano, mi buen amigo Luciano, en casa de su padre; me lo ha prometido, dijo Teodoro abrazando á D. Braulio, que estuvo por ahogarle entre sus brazos.

Siguió el tumulto.

Don Braulio, distraído, desocupaba vaso sobre vaso.
—Propongo un brindis con botella, exclamaba tándido en un rincón uno de los más borrachos.

—Entregar el corazón á una mujer, es exponer toda la fortuna á una sola carta.

—Quien bien te quiera te emborrachará.

—El rom produce ideas: luego el rom tiene talento. Hay bodegas que parecen bibliotecas.

—La vida humana es divina, exclamaba un infeliz rodando por el suelo.

Durante algunos minutos no se oyeron sino exclamaciones de igual género, ruido de botellas que se rompian, ronquidos y violentas interjecciones.

—Veinte años hace que no probaba el rom, exclamó por fin D. Braulio, medio beodo, apurando por décima vez la copa.

—¡Impostor! le contestaba Teodoro, ayer en presencia mia desocupaste una botella.

Las luces se fueron extinguendo y la alfombra recibió uno por uno los cuerpos que caían sin sentido.

El mismo D. Braulio estrenó el cuerpo de su amigo, tirándole debajo de la mesa.

CAPÍTULO III.

PRIMER DIA DE VEJEZ.

—¡Válgame Dios, qué sueño tan extraño! exclamaba Luciano á la mañana siguiente, restregándose los ojos en el lecho de D. Braulio; y debo seguir durmiendo todavía, porque los ojos que toco no son míos.

En esto entró Sabina, antigua ama de llaves, la cual abrió con gran estrépito la ventana.

En aquel momento sintió Luciano que sus dedos rozaban, en vez del cutis suave á que estaba acostumbrado, una mejilla rugosa y descarnada, y un áspero bigote. Entonces saltó del lecho, como movido por resorte, descubriendo ante la venerable Sabina las arruinadas pantorrillas de D. Braulio. La buena mujer, tapándose los ojos con el delantal, salió de la alcoba haciendo cruces.

Pocos momentos despues se oían carcajadas dentro del dormitorio. Era Luciano, que examinando algunos desperfectos, se reía del cuerpo de D. Braulio.

Por la tarde sonaron varios golpes en la puerta de la alcoba, y Adela, la hija de D. Braulio, entró en el cuarto sonriéndose. La joven abrió sus brazos, y Luciano, á cuyo carácter repugnaba prevalerse de la situación, recibiendo caricias que no le pertenecían, hubiera querido evitar aquel saludo; pero la joven no le dió tiempo para ello.

Cosa extraña, el abrazo de Adela no le produjo la sensación que temía: hubiera creído no recibir, sino presenciar, las caricias de la joven.

Adela, por su parte, sintió cierta frialdad en el abrazo de su padre, y como consecuencia, ámbos sufrieron impresiones diferentes.

Adela quedó triste.

Luciano respiró con desahogo.

Tanto Adela como Sabina conocían, sin poder explicárselo, que algo extraordinario sucedía en la casa: las carcajadas matutinas de D. Braulio eran un acontecimiento, y el salto dado en el lecho verdaderamente inexplicable. Para mayor confusión, la risa se reprodujo, cuando Adela, según costumbre, hizo á su padre el lazo de la corbata y le pasó la toalla por la calva. El asombro de Sabina no tuvo límites al ver que su amo rechazaba con horror la dosis de magnesia que tomaba religiosamente todas las mañanas.

Luciano aborrecía la magnesia; pero se le hicieron tales reflexiones, que consideró como un deber de conciencia el sacrificio.

El estómago de D. Braulio era un depósito sagrado.

La extraordinaria alegría que notaba en su padre, sugirió á Adela un pensamiento.

D. Braulio, que no había sido feliz en su matrimonio y vivía separado de su esposa, jamás confió á Herrera tan delicado asunto. Adela, sin embargo, para desahogar el corazón y buscar un apoyo en el propósito de reconciliar á sus padres, había referido á Luciano sus disgustos; la seriedad y firmeza de don Braulio evitó siempre hasta las menores alusiones.

Aquel día, la joven se sentía con un valor desconocido: su padre le causaba menos respeto que otras veces, y era preciso aprovechar el oasis de alegría. Hizo sentar á Luciano en un sillón de baqueta, y colocándose á su lado, empezó á poner en juego toda la zalamería de una hija, haciendo cada insinuación con la delicadeza del más hábil diplomático.

Apenas comprendió Luciano la gravedad del caso, trató de evitar el compromiso variando la conversación; pero fué inútil. Adela le estrechó cada vez más, y Luciano no sabía qué hacer en aquel grave conflicto. Como no conocía ni aún el nombre de la mujer de D. Braulio, su situación era difícil.

Las vacilaciones de Luciano dieron á Adela algunas esperanzas.

—Me encuentro huérfana sin serlo, exclamaba: cuando me preguntan por mi madre, creo que tratan de ofenderme; y sin embargo, tengo la seguridad de que mi madre ha sido siempre buena.

—Quién lo duda, replicaba Luciano, sin saber lo que decía; pero existen motivos graves... te aseguro que yo no puedo perdonarla.

—Si se debe perdonar á los enemigos, ¿cómo negar ese perdón á la amiga más íntima, á la mujer que se ha elegido entre todas? Tu conducta me pone en la alternativa horrible de creer que mi madre es mala, ó que eres cruel é injusto para ella.

—Cuando conozcas más el mundo, te explicaré las razones que he tenido.

—¿Y he de vivir hasta entonces sin la sombra de mi madre?

Herrera se lamentaba de hallarse en el pellejo de don Braulio, y comprendía que la paternidad tiene tantos inconvenientes como goces.

Adela le prodigaba mil caricias y sus hermosos ojos le miraban de un modo suplicante.

—Era yo pequeña y pasaba todo el día entre tus brazos y los tuyos; pero ahora tus negocios te alejan, y sólo algunos ratos encuentro en casa un poco de cariño.



VENTANA DE BOABDIL EN LA ALHAMBRA.

La firmeza de Herrera naufragaba al oír la voz conmovida de la joven, y tuvo que evocar el recuerdo de D. Braulio y mirarse al espejo para que la cara de su amigo le infundiese algún aliento.

Pero aquel rostro, siempre severo, había tomado un aspecto bondadoso.

Luciano se levantó para no suenmbir, apartando su vista de Adela; ésta le detuvo, obligándole con dulzura á permanecer en su asiento; hubo lágrimas y sollozos, y después de una lucha heróica, Herrera no pudo resistir á la elocuencia y ternura de una hija que pedía perdón para su madre. Era la primera vez que una mujer le suplicaba de aquel modo: así es que olvidó á D. Braulio, dejándose llevar de sus generosos sentimientos.

Estaba enjugando las lágrimas de Adela, cuando resonó un campanillazo. Luciano se quedó como petrificado al ver á D. Braulio que le saludaba, mirándole severamente con sus grandes ojos negros.

Herrera tuvo miedo por primera vez de su propio rostro, conociendo la gran torpeza que había cometido, y al ver que D. Braulio venía acompañado de Teodoro, se hubiera de buena gana ocultado debajo de la mesa. Su complacencia en los amores de Adela era evidente.

Los cumplimientos fueron fríos: Teodoro sentía que la atmósfera de aquella casa no le era favorable, Adela se acercó al supuesto Luciano, y le dió las gracias.

D. Braulio arrugó el entrecejo, pero muy ligeramente. Entonces, su hija, que no podía ocultar más tiempo el gozo de que estaba poseída, añadió en el mismo tono:

—Hoy es un día para mí de felicidad completa.

—La noticia no era muy aduladora para un padre que el día anterior se había separado de su hija; pero le faltaba apurar el trago más amargo.

—A fuerza de súplicas, he conseguido que mi madre vuelva á casa.

—¿Cómo! ¡imposible...! exclamó D. Braulio, sin contenerse ante aquel disparo de metralla.

Y después enmudeció de ira: Adela le miró con extrañeza y desconfianza.

Luciano adivinó lo que pasaba, y acercándose á Teodoro, esquivó las miradas de D. Braulio que le hacía señas para hablar con él aparte. Viendo éste que su sistema no daba resultados, se resolvió á anticipar un plan de conducta que había meditado aquella misma mañana, y dijo en alta voz:

—Había prometido á Teodoro presentarla en esta casa, y he cumplido la promesa: ahora debo cumplir otro deber más importante. No creo que pueda ser admitido en la intimidad de una familia el hombre que lee en público las cartas que una joven le dirige: y Teodoro tiene esa costumbre.

Adela y Teodoro quedaron anonadados; Herrera invocaba al diablo mentalmente. Hubo un rato de silencio, y Luciano se vió en el compromiso de despedir el pretendiente de la manera más política. El infeliz Teodoro salió tambaleando de la casa, sin atreverse á alzar los ojos: Adela salió á contar á Sabina la catástrofe.

Cuando los dos antiguos quedaron solos, D. Braulio, ya dueño de sí, dijo eucarandose con Luciano:

—He venido á poner orden en mi casa, cuyo reposo está Vd. perturbando: si no renuncia Vd. á la idea de reunirse con mi mujer, como cualquier crimen para que Vd. vaya á presidio.

De buena gana hubiera respondido Luciano á bastonazos; pero comprendió, al moverse, que sus fuerzas no le ayudarían: no replicó, y sin embargo, en sus ojos lució una mirada que podía así traducirse libremente:

—¿Por qué habré entregado mis puños á este hombre?

CAPÍTULO IV.

CONCIERTO Y DESCONCIERTO.

—Es preciso que aprenda Vd. á ponerse la corbata, y cuide Vd. algo más de su traje: ayer llevaba Vd. el sombrero echado hacia atrás, y unos guantes de color de chocolate: le he visto á Vd. en el paseo con un traje mañana, y en el café con ropa negra: luego, abusa Vd. mucho del rapé y se le van á poner encarnadas las narices; no me gusta tampoco que lea Vd. delante de gentes. *El Diario de Avisos*, ni que defienda Vd. al partido progresista. Vea Vd. cómo yo procuro no comprometerle, pasando la vida envuelto en su gaban de color de castaña, y alternando con ciertas gentes, y jugando al dominó todas las noches; y vea Vd. cómo le elogian todos los periódicos por el discurso que pronunció anoche en la tertulia en alabanza del gobierno; no creo que un hombre pueda hacer mayores sacrificios.

Así hablaba Luciano, sentado en un diván y dirigiéndose á D. Braulio, con el cual se había ya reconciliado. Sólo interrumpía su conversación de vez en cuando para contestar á algunos saludos, porque estaban en casa de la condesa de X., que daba un concierto aquella noche.

(Se continuará.)

MODAS.

Nunca como hoy la caprichosa deidad, a la que el bello sexo rinde tan fervoroso culto, ha permitido la variedad en los detalles y la belleza en el conjunto: los trages de baile, sobre todo, son una maravilla de buen gusto y de riqueza, las faldas inmensamente largas; los cuerpos muy cortos; los escotes muy bajos; las cabelleras ostentando toda su rica profusion, hé aquí el carácter de la moda actual.

LA ILUSTRACION DE MADRID, que se ocupa de todas las novedades, de todos los adelantos, de todo lo que es verdaderamente interesante, no podía olvidar á las damas, y desde hoy vá á dedicarles una seccion donde hallarán todas las encantadoras innovaciones que pueden interesarles, representadas por excelentes grabados, de los cuales daremos explicaciones detalladas y claras.

Inauguramos hoy nuestra grata y dulce tarea describiendo el grabado de este número, que contiene dos trages de baile.

Es el primero de tál blanco, bullonada la falda á lo largo, sobre un viso de tafetan, blanco tambien: los bullones se hallan separados por medio de rulos de raso azul subido, ó azulina.

Sobre esta falda, túnica abierta por delante, estilo llamado *manto de corte*, que figura, en efecto, un manto con larga cola: esta elegantísima túnica se halla formada con grandes bandas de raso azul, alternando con bullones de tál á lo largo, de la misma anchura.

Un rico volante de encaje blanco de Inglaterra guarneció esta túnica al borde, más estrecho en los costados y muy ancho por detrás: sirve de cabeza al volante, uno rizado de raso azul, que está sostenido con lazos de raso y ramos de rosas té y de color de grana, mezcladas; un ramo, mayor que los otros, vá colocado detrás, al borde de la falda.

Cintura de raso azul, con dobles lazadas y cabos cortos.

Cuerpo escotado de raso azul, cubierto de tál blanco, y adornado en el escote con un volante estrecho de encaje de Inglaterra; sólo este encaje sirve de manga, cayendo un poco sobre el brazo.

Peinado sin atar el cabello, vuelto todo desde la nuca hácia la parte superior de la cabeza y sujeto con un peine de oro; un puf de rosas té y rosas grana constituyó todo el prendido.

Guantes blancos con cuatro botones, y zapatos de raso blanco con grandes lazos á lo Luis XV, de raso azul y encaje blanco.

Este traje es propio, por su riqueza, de una señora jóven, y sirve, además de poderse usar para baile, para comida de etiqueta.

La segunda figura del grabado presenta un traje encantador para señorita: el vestido es de crespón color de paja, sobre otro de tafetan del mismo color: tres volantes cortados al hilo y puestos ligeramente fruncidos guarnecen la falda, quedando cada uno sujeto con un rulo de terciopelo negro.

Túnica de crespón paja recortada á picos, bastante profundos, y adornada al borde con un volante sujeto, como los de la falda, con un rulo de terciopelo.

Lazos de terciopelo negro levantan ligeramente la túnica en la parte que corresponde á la hendidura de cada pico, y la adornan por delante.

Cuerpo escotado y guarnecido con un volante, sujeto por otro rulo de terciopelo; cuatro lazos adornan el escote, colocados en el pecho, espalda y hombros.

El peinado, del todo igual al de la otra figura, tiene por adorno una gran mariposa hecha de gros paja y de terciopelo negro, y colocada en el centro de la cabeza.

LA VENTANA DE BOABDIL

EN LA ALHAMBRA.

Consecuente LA ILUSTRACION DE MADRID con su propósito de ofrecer en las páginas de su álbum dibujos de los más distinguidos artistas españoles, me hoy al nombre de tantos muy ilustres como honran ya su coleccion, el del Sr. Gonzalvo, cuya importancia artística es tan generalmente reconocida. El asunto con que nos favorece este pintor es tanto más interesante, cuanto que refleja por completo el género y carácter de las obras que han merecido al Sr. Gonzalvo la envidiable reputacion de que goza. Y á este interés se une el que en sí tiene el asunto elegido por el artista; asunto bello, no sólo porque reproduce un magnifico detalle de la fantástica Alhambra, sino por la poesia que la tradicion le dá, uniéndole á uno de los sucesos de mayor trascendencia en la historia de los moros de Granada.

El duro y cruel Muley Hacem tenia en prision á su hijo Boabdil, llamado despues *El Chico*, temeroso de que la ambicion le lanzase á pretender su trono, y se disponia á partir contra Alhama, cuando le avisaron que el príncipe habia desaparecido. Ese día tuvieron principio las desgracias de Muley.

Boabdil se habia escapado en efecto por la ventana del recinto que le servia de prision, descolgándose por una cuerda que su madre, la astuta Aïca, le habia formado con los alfileres y tocas de sus doncellas. Al pie de la ventana esperaba al príncipe gran número de caballeros abencerrajes, que le acompañaron á Guadix, alzando en esta plaza el estandarte de la rebelion contra el soberano. ¡Quizás Boabdil, al caminar á todo el galope de su caballo por la orilla del Darro, para revolverse contra su

padre, tornó los ojos á aquella ventana, y por un sentimiento inexplicable de tristeza, lanzó un suspiro, como aquel que debian repetir sus lábios más tarde, cuando para siempre dejaba su Alhambra, y en ella y en poder de los cristianos el cetro y la corona de su reino!

El Sr. Gonzalvo conserva en su estudio un pequeño lienzo, en el cual ha representado, con la maestría y primor que le son naturales, el mismo asunto que nuestro grabado representa.

SALONES.

La teología del Padre X. — Los últimos días de Carnaval. — Las carreras del bailarines. — Una solemnidad dramática. — El baile de las hermosas. — El sol despues de un eclipse. — Un alfabeto de mujeres guapas. — Las últimas vueltas de wals. — Cuadros vivos. — Por qué tiene Santa Rita tantos devotos. — Las centistas. — Dos conciertos. — Los artistas de la Duquesa. — La Ojva. — Una voz que se oíra. — ¡Oh! ¡Qué pianista! ¡Ah! ¡Qué rubia! — Dos debutantes. — Adios, á la Duquesa en particular, y á Vds. en general.

¡Una Revista de Salones en plena Cuareama! Preguntarán Vds. con asombro, ¿se baila ahora en Madrid?

No, señores, no se baila; nuestra buena sociedad es demasiado religiosa para cometer anacronismo semejante; si el Carnaval terminó alegre y bullicioso, la Cua-



FIGURIN DE MODAS.

Zapato y guante blancos.

Tales son las más lindas novedades que se exhiben á la luz de las bugias.

No terminaremos sin aconsejar á las señoras el uso de la *velutina*, polvos de arroz nuevamente inventados por Fay en París, y que son superiores á todo lo conocido hasta el día: estos polvos dan al cutis una frescura natural y encantadora, y en nada perjudican á la piel más delicada y transparente.

El estilo del peinado del grabado de modas dirá á nuestras bellas lectoras que la extrema altura vá desapareciendo, y que la moderacion ocupa ya el lugar de la exageracion: esa nueva disposicion del cabello, todo suelto y recogido con extrema negligencia, pero con gracia extraordinaria, dice bien á todas las fisonomías dulces y juveniles, y es distinguido por su misma sencillez.

Los adornos de cabeza son muy poco voluminosos, y consisten casi siempre en una sola flor ó en un gracioso lazo.

MARÍA DEL PILAR SINDÉS DE MARCO.

resma principia enmedio del mayor recogimiento y devoción, sin que sean turbadas sus ceremonias severas y tristes por la animada música de la quadrille, ni la voluptuosa cadencia del wals.

Nuestras elegantes damas son incapaces de caer en esa falta; existen, sin embargo, mil medios ingeniosos de divertirse, hasta cierto punto, honesta y recatadamente, sin faltar á los preceptos, ni causar alarma en la conciencia bondadosa pero inflexible del director espiritual.

No tienen Vds., por lo tanto, el menor motivo para escandalizarse, porque yo, cumpliendo con mi obligación, revisté los Salones en el mes de Marzo, y sus hijas puedan leer esta crónica sin cometer el más pequeño y diminuto pecado venial; se lo afirmo á Vds. bajo la respetable fé de la ciencia teológica del Padre... X.

Preciso es confesar que si no se baila en Madrid desde la entrada de la Cuarema, en cambio se bailó todo lo posible durante el Carnaval.

El lunes recibieron la marquesa de Villaseca y la condesa de Superunda, repartiéndose entre ambas casas todo Madrid.

La noche del martes hubo muchas personas que la emplearon en bailar, algunas en correr desde la calle de Alcalá á la calle de Hortaleza, y desde la calle de Atocha á la calle de Segovia; cuatro bailes nada ménos hubo aquella noche.

Los marqueses de Bedmar y los Sres. de Calderon, Hoyos y Ceriola, se disputaron toda la buena sociedad que corria desalada desde el uno al otro baile, sin que de la comparacion de todos pudiese decir dónde se había divertido más.

El sábado tuvo efecto en el palacio de la Carrera de San Gerónimo la gran solemnidad dramática del presente año.

Tarde es ya para ocuparse de tan brillantísima fiesta, y antes lo hicieron extensa y detenidamente plumas mejor cortadas: en la época en que escribimos esta crónica, sólo nos resta decir, que el recuerdo de la función dramática de los duques de Medinaceli vivirá eternamente en la memoria de los afortunados mortales que tuvieron la dicha de obtener una entrada en su bellissimo teatro.

Aquella misma noche obsequió á sus amigos con un baile la señora de Maquieira.

Las soirées de nuestra amable amiga se han hecho proverbiales, no sólo por la exquisita finura de la señora de la casa, y por la cordial y agradable franqueza que preside en sus reuniones, sino porque de ellas, segun la gráfica frase de un andaluz decidor, están desterradas las feas.

Noblesse oblige, y esta baile no faltó á sus compromisos.

Después de la una hizo irrupcion en los salones de la calle del Clavel una gran parte del público que había asistido al teatro de Medinaceli; recibido tan poderoso como brillante refuerzo, dió principio el cotillon que se prolongó hasta las cuatro de la mañana.

El domingo de Piñata hubo baile en casa de la duquesa de P... Los que no han visto lucir los primeros rayos del sol después de un eclipse, no pueden formarse una idea de esta fiesta, y de la impresión que produjo en el ánimo de cuantos á ella asistieron.

Aquellos hospitalarios salones cerrados algun tiempo por una indisposicion de la duquesa, volvian á abrirse con estrépito, y cuanto Madrid encierra de distinguido y de notable se precipitaba por ellos en confusa animación y con apresurado afán, como familia de desterrados que vuelven á ver, tras de una ausencia, las playas bienhechoras de la patria querida.

Algunas de esas personas heroicas, á quienes no pudieron vencer las dulces fatigas de una semana tan bien aprovechada, fueron á terminar la noche en el coltazo de la plaza de Oriente.

A pesar del misterio de los disfraces, ciertos indiscretos creyeron ver allí á la escudadora A, B, C, D, E, F, etc., etc.

Trascorrido esa especie de *St. Martin* del Carnaval que termina el domingo de Piñata, y destruida la última muralla, á que el placer se acobijó para dar las postreras vueltas de wals, ántes de dedicarse al arrepentimiento, todos los salones de Madrid se cerraron definitivamente...

tivamente... para el baile, hasta que se escuche el alegre y risueño sonido de la campanilla de gloria.

Dos viernes consecutivos se han hecho cuadros en casa de Dolores Carvajal, ejecutados de la manera más brillante, bajo la inteligente dirección del Sr. de Manresa.

Vió el programa. (Con notas.) — *Santa Rita de Casia*, por Dolores Malagamba. Al verla comprendimos la razon de por qué hay en Madrid tanto devoto de Santa Rita.

— *El tercer Acto de Norma*, por Amalia Velarde, Petra Carvajal y el Sr. de Baeza. Perdimos la cuenta de las veces que se hizo repetir este bellissimo cuadro, admirablemente caracterizado.

— *San Pedro en la prision*, por Petra Carvajal y los Sres. Baeza, Freuller y Arroyo. Puedo asegurar á Vds., que segun una persona muy fidedigna, decía *San Pedro*, que al verse tan bien acompañado, se hubiera estado en la prision toda la vida.

El viernes siguiente, á petición del público, se repitió el *te ceto de Norma*, presentándose además:

— *La confesion de un novicio*, por los Sres. Baeza y Osorio, que salió perfectamente.

— *Tobías devolviendo la vista á su padre*, por Petra Carvajal y Teresa Malagamba, y los Sres. Baeza y Casanil. ¡Cómo no había de recobrarla, puesto en manos de tan encantadoras oculistas!

— *Una jóven condenada á muerte por el tribunal de la Inquisicion*, por Dolores Carvajal y los Sras. Finat, Freuller, Arroyo y vizconde de los Andrienes. Este cuadro produjo una verdadera emocion por la propiedad y el realismo con que estaba representado.

Dos brillantísimos conciertos han tenido lugar en el palacio de la duquesa de P...

Fue el primero en la noche del domingo 13, y transcribimos el programa para que puedan formarse una idea nuestros lectores.

- 1.º Fantasia para piano, ejecutada por la señorita de Shelly.
- 2.º Duo de *Rigoletto*, cantado por la señora de Lujan y Mister Hunt.
- 3.º Fantasia ejecutada en el arpa por la señora de Shelly.
- 4.º Melodía del maestro Campana, cantada por la señorita de San Luis.
- 5.º Rondó brillante, ejecutado al piano por la señorita de Figueroa.
- 6.º Duo de *Saffo*, por las señoras de Shelly y de Luxan.
- 7.º Aria de *Norma*, por la señora de Hunt.
- 8.º Romanza española, cantada por Mister Hunt.
- 9.º Duo del *Blair d'amore*, por las señoras de Shelly y Hunt.

El programa del segundo fue el siguiente:

- 1.º Wals del maestro Minzocht, cantado por la señora de Hunt.
- 2.º Duo de *Don Giovanni*, por la señora de Luxan y el Sr. Hunt.
- 3.º Serenata de *Don Pasquale*, por el Sr. Cortés.
- 4.º Variaciones para violoncello y piano, por los señores Alvarez de Toledo y Peña.
- 5.º Serenata de Schubert con acompañamiento de arpa, por la señora de Shelly.
- 6.º Despedida á Granada, cancion del Sr. D. Fermín Alvarez, por el Sr. Hunt.
- 7.º Canzonetta napolitana por la señorita de Sartorius.
- 8.º Cuarteto ejecutado por las señoras de Shelly y Hunt y los señores de Hunt y Cortés.

No tenemos espacio para ocuparnos de estas brillantísimas fiestas musicales con la detencion que merecen, ni cabe en una crónica mensual un juicio minucioso y detallado. *Los artistas de la duquesa de P...* son por fortuna demasiado conocidos y su reputacion está tan bien sentada, que basta nombrarlos para que todo el mundo se forme idea exacta de los conciertos á que nos referimos.

¡Elisa Luxan! ¿Quién no la conoce? ¿Quién no la ha aplaudido?

Sin los respetos sociales que inspiran ciertos teatros y ciertos *a-listas*, estamos seguras que muchos de sus admiradores habrían desenganchado más de una vez los caballos de su carruaje.

¡Clarita Nuevos! nombre tan conocido como simpático; artista tan excelente como modesta, que con una reputacion de las más envidiables, se escucha en los co-

ros siempre que puede para ocultarse á los justos aplausos de sus admiradores.

¡Laura San Luis! que en tan poco tiempo ha sabido colocarse entre las primeras aficionadas, y que siempre que canta se la oye con placer y se la mira con entusiasmo.

¡Conchita Figuera! El número uno entre las pianistas y casi nos atreveríamos á decir que entre las rubias; sin embargo, ¡conocemos algunas!...

Entre las artistas conocidas, tuvimos el gusto de oír á la señora y señorita de Shelly, que para nosotros eran desconocidas en este terreno, pero que desde luego no vacilamos en clasificar en la primera categoría.

La señorita de Shelly es una pianista de gran mérito, que ejecuta con mucha soltura y agilidad, y su señora madre es, en el arpa, una digna émula de la Roaldés y posee además una voz muy agradable y llena, y un método de canto del mejor gusto.

De Mister Hunt, que es un *aficionado* que se encuentra á la altura de los mejores baritonos de Europa, y de el Sr. Cortés, á quien todo el mundo conoce tambien, nada tenemos que decir.

Á la inteligente dirección de Inxenga, dignamente auxiliada por los señores Moderati, Peña y Saldoni, se debe una gran parte del resultado de estos conciertos.

Damos la enhorabuena á nuestra infatigable y bondadosa amiga la duquesa de P...

R. CHICO DE GUZMAN.

23 de Marzo.

REVISTA MUSICAL.

CONCIERTOS DE LA SOCIEDAD DE PROFESORES DE ORQUESTA BAJO LA DIRECCION DEL SEÑOR DON JESUS MONASTERIO.

«Orquesta y seis años, según Berlioz en 1802, han trascorrido desde que se ejecitaron en París las obras de Beethoven en las orquestas espirituales de la Opera, hasta cuya época fueron en su totalidad absolutamente desconocidas. Difícil es persuadirse del grado de reprobacion que mereció de parte de los artistas aquella admirable union. Rem. segun aquellos caprichosa, inconcebible, difusa, yizada de modulaciones ántes, ántes, ántes, ántes, despropósito de *molto*, de una expresion colérica, *destruido*, *crabum*, y de una horrible dilatación.»

Historia crítica de las orquestas de Beethoven por Berlioz, publicado por el editor D. Antonio Bonavia.

Cosa extraordinaria y digna de llamar sobre ella la atención de nuestros lectores es la manera que ha tenido de apreciar nuestro público—que en este caso bien merece el calificativo de ilustrado—las obras maestras de los compositores alemanes, que, como se ve en el epígrafe de esta revista, hallaron tan bárbara acogida por la generalidad de los artistas de París. El celebre director de orquesta de la grande ópera, Mr. Habensck, hizo esfuerzos titánicos para que, en pequeñas dosis y mutilando las sinfonías de Beethoven á gusto de los caciques de la Academia Real de música, pudieran *pasar*... Habo quien huyó durante el primer ensayo, tapándose los oídos, teniendo necesidad de *todo su val* para decidirse á volver á los ensayos sucesivos. Esto lo dice Berlioz, cuya autoridad es irrecusable en este punto.

No tenemos noticia de que ninguno de los innumerables concurrentes á los grandes conciertos de la Sociedad de profesores haya huido, como Krautzar en París, por no oír las inmortales composiciones de la escuela alemana. Muy al contrario; nuestros aficionados pagan muy caras las localidades por asistir á su ejecución, y las ayudan, como vulgarmente se dice, *á valios*. Y no será ciertamente que nuestro público ha necesitado acostumbrarse á la música clásica para apreciar y aún saborear las sublimes bellezas sinfónicas de Haydn, Mozart, Beethoven, Mendelssohn y demás autores celebres, nada de eso; y sobre esta circunstancia hemos querido llamar la atención de nuestros lectores al principiar nuestro trabajo.

Cuando hace siete ú ocho años se ejecitaron en los conciertos sacros que se dieron en el teatro de la Zarzuela y en el Conservatorio de música algunas composiciones clásicas á grande orquesta, género desconocido hasta entonces en Madrid, nuestro público las acogió con marcadas muestras de agrado y algunas veces hasta con entusiasmo, sin que hubiera nadie que se tapara los oídos como Krautzar.

Debemos hacer constar, pues, en honra del público

madriño, que su buen instinto musical le hizo comprender desde el primer momento, cuán dignas de admiración y aplauso son las obras á que nos referimos. Comparad, queridos lectores, el proceder de nuestra juventud que bate palmas, fronética de entusiasmo, cuando oye un trozo escogido de Beethoven, con el juicio que mereció de los artistas de París el autor de la *Sinfonía pastoral*, y no podéis menos de sentir el noble orgullo que dá el convencimiento de la posesión de una cualidad superior, cual es el sentimiento de lo bello.

Este es el quinto año que la Sociedad de conciertos nos hace oír, siempre con creciente perfección, las obras clásicas instrumentales que el mundo admira y admirará por mucho tiempo, pase á los autores y entusiastas de la *música del porvenir*... que Mozart perdone.

Todavía recuerdan todos con placer la primera gloriosa campaña que nuestros profesores de orquesta, en unión de un numeroso y brillante cuerpo de coros, hicieron bajo la acertadísima dirección de nuestro Barbieri, que contribuyó poderosamente á la organización de la hoy ya célebre Sociedad, conquistando nuevos laureles en su siempre triunfante carrera artística. ¿Y cómo es posible olvidar la ejecución, por el coro de hombres, del *aria de ópera* de Straßlin; del *duetto de cámara* de Rossini, *Mira la blanca luna*; de la difícilísima composición de Ambrosio Thomas titulada *El Tirol*, y de otra infinidad de composiciones, tanto vocales como instrumentales, que se oyeron entonces? Nació robusta y avasalladora la artística corporación y marcha con paso firme, de victoria en victoria, mereciendo el aplauso entusiasta y sincero de las masas y la admiración debida y gratitud profunda de los que cultivan el arte encantador, en cuya morada, como dice Lutero, no se alberga el pesar.

¡Haremos una revista retrospectiva de todos los conciertos de los años anteriores!— Muy agradable en verdad sería para nosotros semejante tarea; pero no siendo este el principal objeto de esta revista, ni permitiéndonos el espacio que nos está reservado en el periódico para hacerlo con la extensión debida, nos limitaremos á decir algo, no todo lo que se debiera decir, acerca de las tres solemnidades artísticas que han tenido lugar hasta la fecha este año en el magnífico Circo-Teatro de Madrid, bajo la dirección de D. Jesús Monasterio.

La confección de un buen programa de concierto es mucho más difícil de lo que generalmente se crea, y requiere, por parte del director, mucho cuidado, no sólo para la distribución de las piezas, según su género é importancia, sino también para la relación tonal entre las que se suceden inmediatamente.

La división de los conciertos en tres partes, que desde la creación de la Sociedad se conserva, es acertada en extremo.

La primera parte suele constar de tres piezas, empezando por la que ofrece menos probabilidades de buen éxito, por la sencilla razón de que no siendo la puntualidad la mejor cualidad de nuestro público, no suele oírse apenas la orquesta con el ruido de las pisadas, el crujir de los ricos trajes de las señoras y las preguntas y respuestas entre los concurrentes y acomodadores. Suelen ser la segunda pieza, ó por la novedad, ó por el resultado, superior á la anterior; y á la tercera nos atrevemos á calificarla de *aspirante á la repetición*, para terminar el cuadro con animación y vida.

La segunda parte es la parte grave del concierto: una gran sinfonía con sus cuatro tiempos y pico, de Haydn, Mozart, Beethoven ó Mendelssohn, la llena toda.

Compónese la tercera parte en general de alguna obra brillante de importancia, de una pieza ligera, delícada ó característica, desempeñada muchas veces por los instrumentos de cuerda, y para terminar una obra de carácter grandioso y enérgico.

Como lo habrán comprendido bien nuestros lectores, y lo hemos ya dicho nosotros, la división de los conciertos y la distribución de las piezas de que suelen constar, son buenas y dignas de ser estudiadas por quien trate de organizar funciones de esta clase.

Cuatro piezas fueron las que mayormente llamaron la atención en el primer concierto que tuvo lugar el día 6 del corriente: la sinfonía en *la* de Beethoven, la *cantata* del cuarteto en *mi bemol* (obra doce) de Mendelssohn, *Recuerdos de Ossian* de Gade, y la *Marcha de las autorochas*, núm. 3, de Meyerbeer. El famoso *allegretto* de la sinfonía produjo el mismo efecto maravilloso de siempre, y la impaciencia con que espera la llegada de este tiempo nuestro público, hace que no se fije lo bastante en el principio de la obra, *poco sostenuto*, y en el *ritardando* que le sigue. La solemnidad del primer andamento impone, y la gracia y riqueza melódico-armónicas del *vivace* y su desarrollo magistral, causan admiración verdadera. — ¡Y el *allegretto*? Muchas descripciones hemos leído

de este mágico destello del genio poderoso de Beethoven; pero es posible dar una idea, siquiera pobre, con la palabra, de la profunda impresión que nos causan aquellos acordes graves y misteriosos, y aquellas sentidas y sublimes melodías! — ¡Quién es capaz de reproducir las delicadezas del sentimiento de un artista inspirado por medio de la narración, por elocuente que ella pueda ser? — Los ayes se exhalan y no se imitan ni describen: así opinó Rossini. La música, cuando llega á la altura de la que nos ocupa, debe definirse como lo hace el autor de *El tanto por ciento*.

«La música es el acento
Que el Orbe arrojado lanzó
Cuando á dar forma se alzaron
A su mejor pensamiento:
De la flor del sentimiento
Es el aroma lozano;
Es del bien más soberano
Presentimiento suave;
Y es todo lo que no cabe
Dentro del lenguaje humano.»

El *scherzo*, brillante y original como todos los de su autor, se compone de dos ideas de muy distinto carácter. La primera es juguetona y caprichosa con puntas de vulgar, y que recuerda mucho los cantos de nuestra Jota aragonesa. La segunda idea, que aparece con movimiento más pausado, es noble y apasionada. La terminación de esta parte de la sinfonía es algo violenta y extraña, y creemos que esta sea la causa de que no produzca todo el efecto que fuera de desear.

El *allegro con brío*, salvo algunos detalles de carácter ligero, *seherosado*, y la cadencia final, que es amplia y sonora, no es digno de formar parte de esta gran sinfonía, una de las mejores de Beethoven.

La ejecución de esta obra fué admirable, y sobre todo la de los dos primeros tiempos, es decir, el *vivace* y el *allegretto*.

La *cantata* del cuarteto en *mi bemol*, ejecutada por todos los instrumentos de cuerda, obtuvo un éxito extraordinario. Y no es de extrañar, si se considera que es una de las composiciones más delicadas del aristocrático Mendelssohn, y que fué desempeñada por *Monasterio* reproducido en todos los profesores ejecutantes. Con efecto; la orquesta en esta pieza pareció convertirse en un espejo, donde se reflejaba clara y maravillosamente el estilo puro y elegante de su dignísimo jefe.

¡Bravo! eminentes artistas; admirable! señor director.

La pieza titulada *Recuerdos de Ossian* es una de las obras instrumentales más acreditadas de Gade. Este compositor, que nació en Copenhague hacia el año 1819 y de quien dijo Mendelssohn «que había empuzado por donde él había concluido», —juicio más galante que exacto,— tiene un estilo vigoroso y gran conocimiento del manejo de la orquestación; pero se nota en sus obras la frialdad y monotonía de su país natal y cierta rudeza característica de las razas del Norte. Los *Recuerdos de Ossian* no han hecho fortuna entre nosotros, apesar de su buena interpretación por parte de nuestros profesores.

La *Marcha de las autorochas*, número dos, participa del carácter levantado de las otras obras del mismo género: la que se conoce con el número tres, es la que ha merecido mejor acogida en Madrid. Meyerbeer, que dominaba la instrumentación como nadie, confió sin embargo el trabajo de instrumentar estas obras á manos ajenas, aunque expertas en el arte de combinar los elementos de la orquesta. No cabe mayor sonoridad de la que se advierte en la *Marcha de las autorochas*.

La obertura en el estilo italiano de Schubert, que se ejecutó para fin de la primera parte, mereció también los honores de la repetición; pero nosotros la calificamos como una imitación pálida y pobre de las grandiosas oberturas de Rossini. Con mayor justicia se aplaudió la hermosa obertura de *La gruta de Fingal* de Mendelssohn.

En el segundo concierto se ejecutaron los principales trozos de *El sueño de una noche de verano*, composición del género fantástico, inspirada en el drama de Shakespeare que lleva el mismo título. La acción pasa en la región de los aires, entre Oberon y Titania, aéreos soberanos, y un paje de la reina que por celos fundados del rey tiene la desgracia de cambiar la cabeza... humana, por la de un atronador jumento. La pintura del móvil y agitado lugar de la escena, los amores de Titania con el paje, los celos de Oberon y hasta... rabor nos causa el decirlo, los lamentos del amante cuando se halla en el estado de pollino, todo está tratado, en esta curiosa y notabilísima obra de Mendelssohn, de mano maestra; que si debiéramos analizarla como se merece, ni las dimensiones de todo el periódico nos serían suficientes. No podemos menos de hacer constar la prodigiosa ejecución del precioso *scherzo* que produjo un merecido entusiasmo y lo señalaremos siempre como uno de los más

legítimos triunfos de nuestros distinguidos profesores y de su célebre director, señor Monasterio.

Los instrumentos de cuerda solos ejecutaron en este concierto un *andante* de un cuarteto de Haydn, del creador de la sinfonía, del inmortal autor de la música de *Las siete palabras*, con la misma perfección y resultado que la *cantata* de Mendelssohn en el concierto anterior. La obertura de *Los dos ojos de Toledo* de Mehl fué muy aplaudida—y nos pesa el decirlo—obligando á la orquesta que la repitiera. La obertura, número tres, de *Leonore* obtuvo un gran resultado. Es una producción digna de su autor el gran Beethoven.

En el tercer concierto se ejecutó por primera vez la sinfonía en *mi bemol* de Mozart. No es el autor de *don Juan* el favorito de nuestro público en el género sinfónico: bien al contrario de lo que sucede en las deliciosas sesiones que nos ofrece todos los años la Sociedad de cuartetos en el salón de la Escuela nacional de música. Se hizo repetir el *minuetto* que forma el tercer tiempo, más por cortesía y deferencia hácia los profesores que por otra razón.

También oyó el público el mismo día, como quien oye llover, un *larghetto* de la primera sinfonía de Schumann. Parecía que todos los concurrentes exclamaban al oír esta composición «esto no va conmigo.» Y con efecto, el público estaba en lo justo, porque es de la música llamada *del porvenir*. Tenemos mucho que agradecer al señor Monasterio el buen deseo que demuestra por presentarnos cosas nuevas; pero nos atreveríamos á suplicarle que prefiera las rancias composiciones de los grandes maestros que tuvieron la galantería de escribirlas para todos los tiempos, á los engendros laberínticos de los autores que no nos creen dignos de admirarlos y escriben para nuestros biznietos ó tataranietos.

La obertura de *La part de diable* mereció los honores de la repetición y la obertura de *Der Freischütz* fué muy aplaudida. En este concierto se volvieron á ejecutar la *cantata* de que ya hemos hablado con la misma ó mayor perfección que la vez anterior, y la obertura de *Leónora*.

El público de Madrid, que de día en día aumenta su afición por estos conciertos, no escasea medio de manifestar su entusiasmo, tanto por la buena música que en ellos se oye, cuanto por el mérito grande de nuestros artistas y del ilustrado director que los preside y dirige. Reciban todos la expresión más sincera de nuestra admiración, y les deseamos una merecida recompensa al impropio trabajo que se toma, ensayando sin descanso las difícilísimas obras de la escuela alemana.

Llamó la atención del público, y produjo una dolorosa impresión en todos, la orla fúnebre del programa último.

¡La Sociedad de profesores acababa de perder á uno de sus más dignos presidentes!

¡Don Joaquín Gaxtambide había dejado de existir! Distinguido compositor, cuyas obras son populares en España, y director inteligente que todos respetaban, Gaxtambide deja un vacío entre nosotros que no esperamos verle ocupado dignamente en mucho tiempo.

¡Que Dios mande el consuelo que tanto necesita á su atribulada y apreciable familia!

EMILIO ARIETA.

D. ENRIQUE DE BORBON. SU ENTIERRO.

El personaje cuyo retrato hoy ofrecemos, nació en 17 de Abril de 1823.

Era hermano de D. Francisco de Asís de Borbon. En 1849 contrajo matrimonio en Roma con doña Elena de Castellví, hija del conde de igual título. Fruto de esta unión fueron cuatro hijos, tres de ellos varones, de los cuales dos se encuentran en la actualidad en el colegio de Enrique IV de París. El de mayor edad, que ha partido recientemente á esa capital, llamado por D. Francisco de Asís, es alférez con grado de teniente del regimiento de caballería de San Quintín.

Elevado D. Enrique de Borbon por doña Isabel II á la categoría de teniente general del ejército, fué destituido y desterrado años más tarde por el gobierno español, á consecuencia de un escrito que se conceptuó injurioso para la señora que entonces ocupaba el trono de España.

Fácilmente se comprende que esta determinación no rompería la pluma de D. Enrique de Borbon, y en efecto, muchos fueron los folletos que publicó en la capital del vecino imperio y en los que atacaba á su augusta cuñada y á diferentes hombres políticos.

Habiendo hecho alarde en sus publicaciones de profesar ideas avanzadas, saludó con su aplauso á la Revolución. Su último escrito fué el manifiesto que circuló por Madrid, y que reprodujo la prensa, titulado *A los montpensieristas*, documento cuyas consecuencias han sido grandes y que se ha considerado como el prólogo del terrible drama que preocupa aún la atención pública.

Don Enrique de Borbon pertenecía á la secta de los francasones, entre los que habia alcanzado la categoría marcada en esta sociedad con el número 33.

El entierro de D. Enrique de Borbon tuvo lugar el 15 del mes corriente, asistiendo á él una numerosa concurrencia, entre la que se contaban muchos individuos de las lóginas masónicas. El coche fúnebre iba tirado por seis caballos enlutados y empenachados. La urna que encerraba los restos de D. Enrique era de bronce con cantóneras y frisos dorados, y sobre ella habian sido colocadas las insignias de teniente general, de gran cruz de Carlos III y las del grado de mason del rito escocés que le correspondia.

Nuestro grabado representa el instante en que, ya reunido el acompañamiento ante la casa que D. Enrique de Borbon ocupaba durante su estancia en esta corte, emprendia su marcha hacia el cementerio de San Isidro, en que han encontrado eterno descanso los restos de un hombre que, por su alta categoría social, parecia destinado á una existencia más feliz y serena.

BAILE DE NIÑOS EN LA REGENCIA.

El grabado de esta brillante reunion, de la cual ya nos ocupamos en nuestro número anterior, debió aparecer entonces. Así lo indicábamos, manifestando la causa de no haber podido realizar nuestro propósito.

LA ILUSTRACION DE MADRID espera, sin embargo, que sus abonados dispensarán esta demora en la publicacion del grabado del baile de niños celebrado en la Regencia, si creen que está en parte compensada la falta con la más perfecta ejecución artística de la ilustracion que acompañamos.

ESTATUA

STA. TERESA DE JESUS, ESCULTADA EN MARMOL POR D. ELIAS MARTIN.

Uno de los más distinguidos individuos de nuestra aristocracia, el Sr. Marqués de Portugalete, ha hecho construir para su habitacion un magnifico palacio en los solares del Buen Retiro, inmediatos á la Puerta de Alcalá, remiando en él bellísimas obras del arte moderno, debidas á nuestros primeros pintores y escultores.

Entre ellas figura la estatua cuyo dibujo ofrecemos hoy en la primera plana de nuestro periódico, hermosa

y elegante escultura que honra á su autor, el jóven artista D. Elías Martín, y al arte español contemporáneo.

Al ver esta preciosa estatua, no se dirá ciertamente que nuestra época se niega á reflejar en sus obras aquel espíritu religioso, aquel sentimiento de piedad sublime que inmortalizó en sus producciones á tantos de nuestros antiguos artistas.

Cierto que el sentimiento místico ha perdido su carácter generalizador. Los tiempos pasan y con ellos las ideas y las formas que revisten.

Ya no se alza en cada calle una iglesia y un convento; en cada esquina un Cristo esculpido ó una imagen alumbrada por mal lucientes faroles; ya no encontramos á cada paso un fraile de aspecto triste y enfermizo, que parece vivir á su pesar en el mundo, y que cruza por el ajeno á los dolores y alegrías de los otros mortales. El arte se ha hecho menos dramático y espontáneo, bajo el punto de vista religioso; pero está más conforme con las manifestaciones de nuestra propia naturaleza, y á veces sin dejar de ser humano es tan conmovedor y no ménos grandioso.

Nuestros antiguos artistas hacian irradiar la luz de una eterna aspiracion al cielo en los rostros de sus santos y vírgenes; pero esta luz fulgurante devoraba la belleza física. Ofrecian á Dios en sus obras sacrificada la materia, y el cuerpo humano era para ellos como un vaso de tosca y despreciable hechura fabricado para contener la delicada y riquísima esencia de la piedad cristiana. Mirad los Cristos y las Dolorosas del divino Morales; vereis en ellos algo de una naturaleza extraordinaria; vereis en aquéllas caras de marfil y en aquellos cuerpos hechos de manojos de huesos algo que es sublime, pero con la desconsoladora sublimidad del rostro de un moribundo.

Al interpretar el sentimiento religioso, el Sr. Martín ha evitado este escollo, y su estatua dá completa idea de esa feliz union del sentimiento antiguo y de la forma moderna. Está llena de espíritu al propio tiempo que de elegancia y sencillez. Las líneas de esta composicion son tan felices, que parecen las únicas convenientes para esta figura. Son las líneas de la verdad trazadas por la inspiracion.

No puede expresarse en nuestro concepto de un modo más sentido aquellos *éxtasis* en que la piedad bañaba con la pura luz de una sublime melancolía el rostro de Santa Teresa, cuando en su solitaria celda y reclinada en el monástico sitial, quemaba las alas de su alma en el fuego del amor divino, melancolía sublime que imprimia al propio tiempo en su pálido y bello semblante el sello del dolor que el espíritu sentia dentro de la prision de carne, que le estorbaba ascender completa y libremente al dichoso lugar de sus visiones celestiales.

Tan acertado en el pensamiento como en la forma, el señor Martín ha creído con su cincel una estatua que se contemplará siempre con interés por el público y que siempre merecerá los elogios de los inteligentes.

Reciba nuestros plácemes por tan notable obra su distinguido autor, y recíbalos también el Sr. Marqués de Portugalete, cuyo amor á las artes y exquisito buen gusto

de claramente se han revelado en la adquisicion de esta obra y de tantas otras como adornan el magnifico palacio de su residencia.

CONTRASTES.

I.

La dije que la queria,
Miróme ruborizada,
Y estampé el labio atrevido
En sus megillas de grana.
Aquella tarde en que al gozo
Mi corazon se entregaba,
Silbaba el viento á lo lejos;
Era una tarde nublada.

II.

Quando con trémulos pasos
Su féretro acompañaba,
Y en su infinita amargura
Se complacia mi alma,
Quando entré en el campo-santo,
Quando enterré mi esperanza;
Era una tarde serena,
Los pajarillos cantaban.

JOSÉ FERNANDEZ BREMON.

DISFRAZ.

Lloraba el Amor sus cuitas,
En un trance peliagudo,
Diciendo: "Estoy tan desnudo
Que no puedo hacer visitas."

Viendo la Amistad su llanto,
Le dijo en tono sentido:
"Tú serás bien recibido,
Si te cubres con mi manto."

Quedó aceptado el favor;
Y por eso nadie acierta,
Quando llaman á su puerta,
Si es la Amistad ó el Amor.

JUAN JOSÉ HERRANZ.

ADVERTENCIA.

Rogamos á nuestros suscritores, cuyos abonos terminan en fin del corriente, se sirvan renovarlos antes del día 12 de Abril próximo, para que no experimenten retraso en el recibo de los números.

Para evitar las equivocaciones que puedan tener lugar, suplicamos á todos nuestros suscritores dirijan la correspondencia con sobre al Sr. Director de LA ILUSTRACION DE MADRID, plaza de Matute, núm. 5.

JEROGLÍFICO.



(La solución en el número próximo.)

LA ILUSTRACION DE MADRID.

BASES DE LA PUBLICACION.

LA ILUSTRACION DE MADRID se publica los dias 12 y 27 de cada mes.

Cada número consta de 16 páginas, con grabados exclusivos e ilustraciones especiales, intercalados en el texto.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.	
En mes.	8 reales.
Tres meses.	22 "
Medio año.	42 "
Un año.	80 "
EN PROVINCIAS.	
Tres meses.	26 "
Seis meses.	50 "
Un año.	100 "
CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.	
Medio año.	85 "
Un año.	160 "
AMÉRICA Y ASIA.	
En año.	240 "
Cada número suelto en Madrid.	10 "

PUNTOS DE SUSCRICION.

MADRID.—Oficinas, Plaza de Matute, núm. 5; Tabacquería de las Cuatro Calles, librerías de Escribano, Sanchez Rubio, Durán, San Martín, Gaspar y Roig y almacén de papel de Barrio, Corredera Baja, núm. 30.

PROVINCIAS.—En las principales librerías.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

A los que se suscriban á LA ILUSTRACION Y EL IMPARCIAL, se les hará una rebaja importante con arreglo á la tarifa siguiente:

EN MADRID.	
Un mes, las dos publicaciones.	10 "
Tres meses.	28 "
Medio año.	52 "
Un año.	100 "
EN PROVINCIAS.	
Tres meses.	34 "
Medio año.	64 "
Un año.	120 "
CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.	
Medio año.	90 "
Un año.	180 "

NOTA. No se servirá suscripcion alguna cuyo pago no se haya anticipado en metálico ó sellos de correos.

Agente exclusivo en las islas de Cuba y Puerto-Rico, la imprenta de La Propaganda Literaria.